



LAS
MUJERES QUE MATAN

DESPROPÓSITO TRÁGICO-LÍRICO

LETRA DE

D. CARLOS COELLO Y PACHECO

MÚSICA

DEL MAESTRO CABALLERO

POESÍAS

LEÍDAS LA NOCHE DEL BENEFICIO DE LOS AUTORES

Edición especial con los retratos de las actrices del Teatro de la Princesa en traje de esgrimidoras y de estudiantes



MADRID
IMPRENTA DE INFANTERÍA DE MARINA

1887

LAS MUJERES QUE MATAN





Dumas y asalto

LAS MUJERES QUE MATAN

DESPROPÓSITO TRÁJICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y CINCO CUADROS

ORIGINAL DE

D. CARLOS COELLO Y PACHECO

Música del maestro

DON MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO.

Representado por primera vez en el Teatro de la Princesa la tarde del dia 11 de Enero de 1887, á beneficio de las actrices de dicho coliseo.

Segunda edición

MADRID:

IMPRENTA DE INFANTERÍA DE MARINA

1887.

AL SR. D. ADELARDO SANZ

que con paciencia que Job envidiaría—porque Dios no se dignó someter á Job á tales pruebas—ha hecho «maestras de florete» en unas cuantas lecciones á ocho de las mujeres más bonitas de Madrid; al hijo de mi inolvidable Manuel Sanz, el gran tenor de la zarzuela española; al que ha vivido por espacio de quince dias entre quince indivíduas que antes «mataban» y ahora «pegan»... ¡y todavía sigue soltero!—dedica esta humorada, suya más que mía, en nombre propio y de nuestras «colaboradoras» Elisa Mendoza Tenorio, Julia Martínez, Emilia Llorente, Josefa Guerra, Carlota Lamadrid, Concepción Suárez, Olvido Muñóz, Luisa Rodríguez, Virginia Carriche, Victoria Morales, María Cancio, Mercedes Conde, Emilia Mavillard, Carolina Cruz, María Mantilla y Ramona Rosell,

su agradecido amigo y sincero admirador,

CARLOS COELLO.

Madrid, 1.º de Febrero de 1887.

PRÓLOGO.

El éxito que ha obtenido
esta *obra* (¡..!) escrita en tres horas
—que es ya algún tiempo perdido—
casi todo se ha debido
á unas diez y seis señoras,
de esas que el juicio arrebatan,
que cuando miran maltratan
y que hacen polvo al más hombre,
y que son dignas del nombre
de *Las mujeres que matan*.
Lo demás débese entero
á Manolo Caballero,
á Sanz, á Rosell y al sastre...
y á un autorcillo fulastre
á quien ni admiro ni quiero.
El público todavía
los aplaude con calor;
mas como en la patria mia,
no existe placer mayor
que el de aguar una alegría,
cierto varón inconsciente
ha sospechado, y sustenta,
que aquí la sal, es pimienta,
y el chiste más inocente
la sátirá más sangrienta.
Que aquel señor don Antonio
por quien da un par de mujeres
elocuente testimonio
de cariño, es...—¡Qué demonio!

¡Lo será, pues tú lo quieres!
Pero tu insistencia extraña
ni á él, ni á ellas, ni á mi nos daña,
y sólo prueba quizás
que, hasta para tí, no hay más
que un don Antonio en España.
Si digo de otro doncel
que tiene limpia la piel
del rostro, agravio al primero
de nuestros...—Pues ¡feliz él
que se afeita sin barbero!
¿Qué es un insulto feroz
hablar de la voz atroz
de aquel que piensa en voz alta?...
—¿Desde cuándo es una falta
el tener sobra de voz?
¿Que la frase «Po...bre—chi...ca»
tiene la intención de un toro?...
¡La intención de quien la aplica!
¡Qué bien tu malicia explica
todo aquello que yo ignoro!
Yo he trascrito allí (y no al bulto,
á la letra) lo que oíste
al que piensas rendir culto,
¿y dicho por él es chiste!...
¿y dicho por mí es insulto!!!—
Mira, aunque á mí me atribuyas
tus intenciones impías,
y por más que lo rehuyas,
las mías son... como mías,
y las tuyas... como tuyas.
Y no das prueba de amor
á quien á ratos perdidos
te aguante por defensor,
encontrando dos sentidos
y prefiriendo el peor.
Una cosa es no pecar
y otra cosa es no poder

la ley de Dios quebrantar,
y al que evita la mujer
se le debe hasta envidiar.

Glorias todas del país
que alumbran con sus destellos
ó que ponen en un trís,
hablo de ellos... porque entre ellos
no hay ningun chisgaravis.

Ni antes, ni ahora, ni después,
ni al derecho, ni al revés,
aludo á tí, aunque me rio...
—Y al que se enfade, hijo mio,
dile que estoy á sus piés.

Malicioso, inocentón,
¿no ves que te descalabras
al levantarme un chichón?
¿que yo he puesto las palabras
y tú pones la intención?

¿Que aquí, aunque á TODOS se embrome,
Á NADIE en NADA se ofende
—como al revés no se tome—
y que el más tonto comprende
que quien se pica, ajos come?

Pero me hago ya molesto
y más al lector no apesto.—
Nota bene. No se olvide
que declaro todo esto
porque nadie me lo pide.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTRICES Y ACTOR.
DOÑA ELISA	D.ª Elisa Mendoza Tenorio.
» JULIA	» Julia Martínez.
» EMILIA	» Emilia Llorente.
» PEPA	» Josefa Guerra.
» CARLOTA	» Carlota Lamadrid.
» CONCHITA	» Concepción Suárez.
» OLVIDO	» Olvido Muñóz.
» LUISA	» Luisa Rodríguez.
» VIRGINIA	» Virginia Carriche.
» VICTORIA	» Victoria Morales.
» MARÍA	» María Cancio.
» MERCEDES	» Mercedes Conde.
DOMINGA	» Emilia Mavillard.
FIDELA	» Carolina Cruz.
CURRO	» María Mantilla.
EL MAESTRO ESTOKATI	D. Ramón Rosell.

La escena no puede pasar en ninguna parte; pero se supone en Madrid y en el año de maldita la gracia de 1886.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

El club del bello sexo.

El teatro representa una sala lujosamente amueblada y en cuyas paredes puede haber los retratos de algunas mujeres célebres y guerreras, como Judith, Juana de Arco, la Monja alférez, Jorge Sand, Luisa Michel, etc., etc. Mesas de juego y otras para tomar té ó café. En el fondo, puerta de dos hojas que se abrirá á su tiempo y que dá al comedor.

ESCENA PRIMERA.

DOMINGA *y* FIDELA, *lacayas del Club, vestidas de librea.*

CORO INTERIOR.

¡Cuán grato es á un tiempo
charlar y comer!
Los cuentos ahora;
los brindis después.

HABLADO.

DO. ¡Ay! ¡Yo non puedu con mis huesus!
(Sentándose en una butaca y soltando el plumero.)
FI. ¿Ahora te sientas, condenada? ¿Está todo listo?
(Se sienta también.)

Do. ¡Todu! Ya debe estarse acabánduse la cumida cun que celebran las amas la inaujuracion del Cubu.

Fi. ¿La qué del qué has dicho?

Do. La inaujujuracion del Cubu.

Fi. ¿De qué cubo, animal?

Do. Del cubo de las mugueres.

Fi. El Club del bello sexo, querrás decir.

Do. Y ¿á quién se le ucurre llamarnus de ese modu?

Fi. Eso no va contigo, estúpida.

Do. En fin, comu yo llevu aquí más dias, te cuntaré lu que se. Las mugueres de Madrid hace aljun tiempo que vienen dedicánduse á la pulítica. Mi ama la señora donde yu estuve criandu...

Fi. ¿Qué criarías tú?

Do. Que es la presidenta del Cubu y que toda su vida ha sidu una señora muy jrosera, sejun decia todu el mundu, ha resultado ahora una señora pulítica. Yo nun sé comu habrá sidu. Ellu es que las señoras de Madrid empezarun á leer en lus periodicus algu más que lu que se corta...

Fi. ¿Eh?

Do. Lu que se corta cun las tigueras.

Fi. Vamos, ya caigo, el folletín.

Do. Despues leyerun ya el follutín y las revistas del demoniu.

Fi. ¡Del demonio!—De *Asmodeo*, dirás.

Do. El mismu que viste y cena. Despues, las señoras empezarun á hacerse amijas particulares de los ministrus cun la idea de pedirles destinus para lus maridus y lus parientes, y lus amijus de la casa. Después dierun en ir á las sisiones de Cortes, comu quien va al teatru, y desde lus palcus que allí tienen, cuandu acababa de echar una charla Dun Antonio, ó Dun Emiliu, ó Dun Leon y Castillu, le decían que había estadu muy bien y ellos les mandaban caramelus. Después, han tenidu el capiruchu de fundar este casinu para reunirse ellas solas, comu lus hombres se reunen en una peña que dicen que hay en la calle de Alcalá.... Y aquí hablan de sus asuntus y asejuran que nun pasará muchu tiempu sin que hayan acabado con los hombres.

Fi. ¡Qué barbaridad!

Do. Eso diju yo. En fin, si siquiera nus degan unu ú dos...

Fi. ¿Cómo dos?

Do. Unu para cada una.
Fi. ¡Ah!
Do. Ellas dicen que nun paran hasta que las mugueres sean en todu ijuales á lus hombres.
Fi. ¡En seguidita lo van á conseguir!
Do. Esu diju yo: que nun puede ser. (Ruido dentro.)
Fi. Ya acaban de comer=¡levántate! (Dando un brinco.)
Do. Me alejru, así remogaré un pocu la palabra.... Porque te asejuro, Fidela, que tengu la Santa Sede. (Sin moverse de su asiento. Se abre la puerta.)
Fi. Quítate de ahí.
Do. Sí, que ya salen del comederu.
(Abandonando la butaca perezosamente.)

ESCENA II.

D.ª ELISA, D.ª JULIA, D.ª EMILIA, D.ª PEPA, DOÑA CARLOTA, D.ª CONCHITA, D.ª OLVIDO, D.ª LUISA, D.ª VIRGINIA, D.ª VICTORIA, D.ª MARIA *y* DOÑA MERCEDES *salen por la puerta del foro que se abre y deja ver el comedor. Todas las señoras con las copas de Champagne en la mano. Visten traje varonil de etiqueta, de medio cuerpo arriba, y estrecha falda negra.*

CANTADO.

Coro. ¡Qué franca alegría!
¡qué grato calor!
¡Aquí no cabemos!
¡Venid al salón!
El. Ya hierve en las copas
el dulce Champagne!
Todas. ¡Silencio! ¡Silencio!
que Elisa va á hablar.
El. Yo brindo porque ántes
de poco tiempo,
no quede un hombre vivo
para un remedio!
Todas. ¿Qué dice usted?
¿Qué dice usted?
Para un remedio, algunos
son menester.
Jul. La salvación segura
de las naciones,

está en que nos pongamos
los pantalones.

TODAS. ¡Eso es verdad!
¡Eso es verdad!
Yo los de mi marido
los llevo ya.

CAR. Aunque ellos la evidencia
no reconocen,
valemos las mujeres,
más que los hombres.

TODAS. La prueba es,
la prueba es
que siempre los tenemos
á nuestros piés.

RECITADO.

(Música en la orquesta.)

PE. No imitemos las costumbres
de esa gente vanidosa.
—No más brindis.—Doña Elisa,
cante usted alguna cosa.

EM. Y usted Julia.

CON. Y Carlotita.

EL. Sólo canto en francés yo.

JUL. Sólo canto en italiano.

CAR. Pues yo canto en español.

PE. Cante cada una
á su voluntad...
(Y no se den lustre
para hacerlo mal.)

CANTADO.

EL. *Je suis la p'tite Elise et tout Madrid*
sait bien que de ma voix je n'suis pas fière.
Je chante pour première fois ici...
Je chante aussi
pour la dernière.
Ta, pa, tá-ta, pa, tá;
ta, pa, tá-ta, pa, tá;
¡Quelle voix!
¡Quelle voix!
C'est un brin de brise...
Ta, pa, tá-ta, pa, tá;

ta, pa, tá-ta, pa, tá;
que je suis la p'tite Elise!—
(Movimiento alegremente intencionado.)

HABLADO.

PEPA. ¡Qué gracia tienen estas cancioncitas francesas!
TODAS. (Remedando exajeradamente á Elisa.)
Ta, pa, tá-ta, pa, tá;
ta, pa, tá-ta, pa, tá;
¡Quelle voix!
¡Quelle voix!
C'est un brin de brise...
Ta, pa, tá-ta, pa, tá;
ta, pa, tá-ta, pa, tá;
que je suis la p'tite Elise!

RECITADO.

CON. ¡Bravo, Elisita!
PE. (¡No se oye nada!)
EM. (¡Qué mal lo ha hecho
la condenada!) (A las que tiene más cerca.)
Ahora Julita.
JUL. ¡Ay! ¡qué emoción!
CON. Usted no puede
cantar peor!

CANTADO Y HABLADO.

JUL. Cuando la luna pálida,
argenta il nero mare...
PE. (Interrumpiendo.) ¡Qué bonito es esto!
JUL. Nella finestra—¡oh misera!—
io penso, io penso, io penso sempre á té...
—¡Ay mé!
TODAS. ¡Ay mé! (Con gran algazara.)
PE. ¡Olé!
JUL. Cuando la aurora spléndida
copre de fiamme il cielo,
io torno al letto bárbaro
dove dormir non só!
D. PEP. ¡Como pone al letto esta mujer!
JUL. Dove dormir non só.
PE. No, ¿eh?
JUL. Dove dormir non só.

PE. Ya nos lo ha dicho usted dos veces.
JUL. ¡Ah! (Nota muy aguda.
TODAS. ¡Oh!
D. PEP. ¡Lo que es esa romanza
tambien la canto yo!
EM. Bravo, ¡Julita!
CON. ¡Qué voz! ¡qué gesto!
CAR. ¡Ya más no cabe!
PE. (¡Basta con esto!)
EL. ¡Venga la Patti!
PE. (¡Ay! ¡Ojalá!)
OLV. ¡Es una Penco!
PE. (¡Buen penco está!)
CAR. (Despues de un breve preludio instrumental y animada por las demás que la jalean y le tocan las palmas)

En él puse el pensamiento
y hasta la color perdí,
que mata con el *Currito*
y me está matando á mí
Es er mosito
de más salero
y er más tunante
der mundo entero.
Tiene una cara
de San Antonio
y un arma negra
como un demonio.
Son sus palabras
como el almíbar,
y sus aisiones
como el asíbar.
Sale á la caye
por las mañanas
y ni se güerve
pá mis ventanas.
Voy á los toros
y er buena piesa
brinda sus bichos
á la Duquesa.
Si vá de juerga
con los amigos,
ni una vez sola
voy yo *consigo*...
Y como es siempre
conmigo infiel,
yo estoy chalada,

loca por él.

TODAS. Todos los hombres
son como él,
cuando las hembras
se hacen de miel.
¡Guerra á los hombres!
¡No haya cuartel!
Si aquí entra uno...
¡¡todas á él!!

HABLADO.

TODAS. (Menos Pepa.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! (¡Qué ordinaria!)

PE. ¡Olé! ¡Viva tu padre! (Abrazando á Carlota, sinceramente entusiasmada.)

EL. Que nos sirvan el café aquí.

JUL. ¡Qué traigan cigarros!

PE. Y licores.

EM. Si por casualidad viniese algun marido preguntando por nosotras...

FIL. ¿Qué pase?

CAR. ¡Al contrario! ¡qué no pase! Aquí no pasa ningun marido.

DO. Vamus, aquí se lus cunsidera comu muneda falsa.

(Se ván las lacayas por el fondo y salen después con servicio de té, café, licores y cajas de cigarros.)

EM. La comida ha estado bien.

PE. ¡Phe! Así, así. En un Club fundado para que la mujer adquiera toda la importancia de que es digna; en un Club donde no hay nada que huela mal...

TODAS. ¿Eh?

PE. Nada que huela á hombre, quiero decir.

TODAS. ¡Ya!

PE. Parece que el festín de inauguración requería (Con énfasis.) más merluza, más perdices, y más ternera...—(Con desprecio.) y ménos escabeche, ménos caracoles y ménos langostinos...—En una palabra: más hembras y ménos varones.

JUL. ¡Bien dicho!

EM. (¿Desde cuándo no le gustan á ésta los varones?)

CON. (Debe ser desde ahora.)

(Las señoras, unas sentadas, otras de pié, toman té ó café, fuman y leen periódicos.)

EL. (A Concha.) ¿Cómo trata la prensa á los oradores de esta tarde en el Congreso?

CON. ¡Phe! Cada periódico elogia á los de su partido.

EM. La discusión ha sido curiosa, para ser de hombres.

EL. ¡Figúrense ustedes lo que hubiera sido á ser de mujeres!

TODAS. ¡Curiosísima!

CAR. La verdad es que oir en una sola tarde á Castelar y á Cánovas, á Sagasta y López Domínguez, á Romero Robledo y Leon y Castillo...

EM. Es como ver trabajar en una sola corrida á Lagartijo y Frascuelo, á Mazzantini y Cara-ancha, y al Curro y el Espartero.

EL. Sí: éstas puede decirse que son sesiones de Beneficencia.

JUL. Lo que yo no veo es el beneficio. ¿Qué se ha sacado en limpio de la discusión?

PE. Nó, en limpio nada.

EL. Como que la situación política...

JUL. Esto está oscuro.

EM Y huele á queso.

JUL. No hablar más de política.

PE. (Esta izquierdea.)

(Rapidez y claridad. Se quitan la palabra unas á otras.)

EL. ¿Habéis reparado qué sombrero llevaba hoy á la tribuna del Congreso la de Merenguillo?

(Todas se agrupan con animación y regocijo.)

JUL. ¡Estaba deliciosa!

CAR. Se había puesto en la cabeza un ramillete de la Dulce Alianza.

PE. Pues ¿y la de Miguelete? Llevaba un peinado que parecía una gorra de pelo á la cual hubieran sacado punta como á los lapices. (Simulando con la mano derecha afilarse el dedo índice de la izquierda.)

JUL. Pues ¿dónde me dejaís el abrigo de pieles de la de Rataplan?

EM. Dejarlo en la percha.

OLV. ¿Y dónde me dejais las perlas, tan grandes que ya empalagan, de la de San Benito?

PE. (Yo las dejaría de buena gana en el Monte de Piedad.)

VIR. ¡Qué fea estaba Juanita Raspón!

EL. Y ¿habéis visto cómo se está poniendo de gorda la viuda de Calasparra?

PE. ¡Hija, eso de enviudar debe hacer engordar á cualquiera!

JUL. Según y cómo.

EM. En cambio, la de Zapateta parece que se vá á salir por el descote. Allí no hay carne.

PE. Es que esa es una mujer de vigilia.

EL. ¿Y qué es lo que le ha salido en la cara á la de Menéndez?

JUL. Yo no sé. Dicen que es fuego.

PE. ¿Fuego? Pues, hija, parecen ladrones!

OLV. ¡Bonita está!

CON. Es una cursi afligida.

MAR. Está afligida porque acaba de cumplir los cuarenta y cinco.

LUI. Se prohibe hablar de edades! Aténganse ustedes al reglamento!

EL. (¡Cómo se conoce que lo ha redactado ella!)

JUL. (¡Que tiene la edad de todas nosotras juntas!)

CAR. Pero, ¿cuándo empezamos á hablar mal de los hombres?

EM. Cuando acabemos de hablar mal de las mujeres.

PE. (¡Pues hay para rato!) La de Menéndez...

OLV. ¡La de Menéndez, fea y todo, está enamorada de Castelar!

EL. ¡Po-bre... chi-ca!... (Talareando la deliciosa y eterna canción de *La gran vía.)*

JUL. Sí, mala suerte le espera porque, segun declaró él mismo en las Córtes, está casado con la mayoría.

VIR. ¿Con la mayoría de las mujeres?

JUL. Nó, hija, nó: de la Cámara.

CON. ¡Si viéseis qué cosas me dice á mi Leon y Castillo en voz baja!

EL. ¿En voz baja? ¡Imposible! (Ahuecando mucho la voz al decir la última palabra.)

LUI. Pues Martos se tira de los pelos por mí.

PE. Es verdad: ya no le queda ninguno.

JUL. ¡Si viéseis qué guiños me hace á mí D. Antonio!

EL. (Sin poder disimular un movimiento de sorpresa y desagrado.) ¡D. Antonio no hace guiños á ninguna mujer!

JUL. D. Antonio hace guiños á todas las mujeres.

EL. (Levantándose, acercándose á Julia en ademan provocador y con el pulgar de la mano derecha en la bocamanga del chaleco.) D. Antonio no mira más que á una mujer en Madrid.

JUL. (*Con sorna.*) Parece que mira á una y mira á otra.
EL. ¿Quién es esa mujer á quien mira? (*Perdiendo del todo los estribos.*)
JUL. ¿Quién es esa á quien no mira?
TODAS. (*Que han estado gozando con la riña y viendo que se van á las manos.*) ¡Señoras! ¡Por Dios!
EL. ¡Nó, que lo diga! ¡Que lo diga!! ¡Que lo diga!!
JUL. A quien D. Antonio parece que mira y no mira, es á usted. (*Con mucha calma y cada vez más provocadora.*)
EL. ¿A mí? (*Irritadísima.*)
TODAS. ¡Vamos! ¡Vamos! (*Sin separarlas. La única realmente asustada del giro que toma la cuestiòn es doña Pepa.*)
JUL. Y á quien parece que no mira y mira, es á una servidora de ustedes.—Sí, señoras, me ha hecho la más ingeniosa de las declaraciones. Ha hecho decir á *Almaviva* que yo soy la mujer más elegante de Madrid!
EL. ¡Eso es falso! (*Muy descompuesta.*)
JUL. ¿Cómo que eso es falso? ¿Sostiene usted esas palabras?
EL. Aquí y en todos los terrenos.
TODAS. Vamos, hijitas. ¡Prudencia!
JUL. Me dará usted una satisfacción!
EL. ¡Lo que le daré á usted será un disgusto!
PE. ¡Por Dios, Elisa!
TODAS. ¡Señoras! ¡Señoras! (*Con diferentes entonaciones. Doña Pepa pone paz y quedan en dos grupos las desafiandas y sus amigas más íntimas, uno en cada extremo de la escena.*)
JUL. No tengo un guante que arrojarle á la cara porque vengo de mitones... ¡pero ahi vá eso! (*Quitándose y arrojándole á la cara un mitón.*)
EL. ¡Insolente! ¡Mal educada!
JUL. Que se escriban esas palabras!
PE. ¿Para qué escribir eso?
EL. Que se escriba ese bofetón. (*Haciendo ademan de darle uno pero tocándola apenas.*)
JUL. ¡Un bofetón á mí!—Entiéndase usted con estas dos señoras. (*Por Emilia y Conchita.*)
LUI. ¡En seguida se van á entender!
EL. ¡Pepa, Carlota, amadrínenme ustedes!
PE. Pero...
CAR. La amadrinamos á usted.
TODAS. ¡Por Dios!

EM. No os mezcleis... no os mezcleis. Lo mejor es que se rompan algo. No hay ya otro medio de que queden bien.

JUL. Solo pido á ustedes un favor. Que el duelo sea á muerte.

EM. Con mucho gusto.

LUI. Pero ¿tú tiras?

JUL. ¡Phe! ¡Un poquillo!

OLV. ¿Que si tira? ¡Tres maridos ha tenido hasta ahora y ha tirado tres fortunas!

VIC. No se puede tirar más.

VIR. Ni el Zuavo.

VIC. Ni Adelardo Sánz.

PE. ¡Ni *El Imparcial* que tira cincuenta mil ejemplares! ¡Bien empieza el Club del Bello sexo!

EL. (Después de beber de un sorbo una copa de licor y ponerse el sombrero de copa.) Adios, caballeras. (Me voy á buscar un maestro de armas.)

EM. Procedamos nosotras á ajustar las condiciones del duelo.

JUL. *Au revoir*. (Saludando á todas en general, pero echando una bocanada de humo hácia el sitio en que se encuentra Elisa. Esta vá á lanzarse á ella. Las contienen. Nueva griteria y confusión. Elisa se vá riendo y talareando el *Pobre chica*, mirando con insolencia á Julia.)

JUL. ¡Esa mujer y yo no cabemos en el mundo!

PE. ¡Qué atrocidad! ¡Pues no se ha encogido poco el mundo, y no se han ensanchado poco ustedes!

JUL. *A rivedergi*. (Váse.)

TODAS. Nosotras también nos vamos.

EM. ¡Por Dios! Que esto se quede entre nosotras.

PE. Sí, no contarlo más que en casa. (Van saliendo por grupos conversando animadamente.)

ESCENA III.

PEPA, CARLOTA, EMILIA Y CONCHITA.

PE. (¡Dios mio! ¿Qué es lo que vamos á hacer?)

EM. Amigas mias, tenemos en nuestras manos el honor de dos mujeres.

PE. (En buenas manos está el pandero.)

EM. (A Pepa.) Usted, como la de más edad y experiencia...

Pe. ¿Eh? (Aplicándose la mano al oido, como quien no oye.)

Em. Debe tomar la palabra, y...

Pe. (Muy picada.) Si nos atuviésemos á la edad, cualquiera de ustedes podría tomarla con más motivo que yo.

Con. Vamos, señora, no se haga usted la chiquita. (Con guasa.)

Pe. (Hablando con el corazón) Yo debo confesar á ustedes que tengo un susto muy grande, y mi deseo es que lleguemos á un arreglo honroso.

Em. ¡Señora!
Las dos ¡Doña Pepa! } (Escandalizadas.)

Pe. Tambien confesaré á ustedes que yo soy mujer pacífica y que no me he batido nunca.

Em. ¿Nunca!...
Car. ¿Nunca!...
Con. ¿Nunca!... } (Demostrando gran sorpresa.)

Em. (¡Lo mismo me pasa á mí!)

Car. (¡Y á mí!)

Con. (¡Y á mí!)

Pe. Aparte de alguna que otra cuestión personal con mi marido ó con mis yernos.—Pero eso cae por fuera... es decir, por dentro.

Em. Doña Pepa ¿somos ó no somos las madrinas de nuestras amigas? Nuestra misión es llevarlas á que se rompan el bautismo.

Con. Eso es.

Car. Justamente.

Pe. Pues ¡vaya unas madrinas!

Em. Elijamos el arma con que han de batirse.

Pe. ¿Con que no desiste usted?

Em. De ninguna manera.

Pe. ¡Ea, ya me cargué yo!—Yo soy una malva, pero cuando llega el caso...

Em. ¿Qué quiere usted decir?

Pe. Nada!... Que ha llegado el caso.... (Subiéndose las mangas del vestido.)

Em. Señora, doña Pepa... (Retrocede asustada. Las otras dos se frotan las manos.)

Car. (¡La que se vá á armar!)

Con. (¡Se vá á armar la gorda!)

Pe. ¿No le gustan á usted tanto los duelos?

Em. Yo no soy partidaria del duelo; mis principios filosóficos rechazan esa costumbre bárbara.... Pero mi carácter independiente y conciliador, admite que se batan los demás.

PE. ¡Ya!—Usted lo que tiene es muy poca vergüenza.

EM. ¿Yo!... (Yendo á lanzarse á Pepa, pero viendo la cara con que ella la espera y achicándose.) Yo respeto todas las opiniones. (Pepa se rie.)

CAR. Vamos; dejar esto para después. Esta es una cuestión aparte.

CON. Sí, no involucremos.—¿Por qué armas nos decidimos?

PE. Usted, ya se sabe que por la de caballería.

CON. ¡Doña Pepa!...

PE. Me llamo.

(Van á chocar también; pero las separan.)

EM. ¿Les parece á ustedes la pistola?

CAR. El florete es encantador.

PE. ¡Hombre!... (Exasperada.)

EM. Y más elegante... y no mete ruido.

LAS TRES ¡A florete! ¡A florete!

PE. ¡Ay! ¡A florete! ¡Jesús, Dios mio!

EM. Pues ya está todo arreglado. A florete y al amanecer.—Vamos, vamos á dar tan grata nueva á nuestras ahijadas.

LAS TRES ¡Vamos!

PE. (A esta bruja la pego yo.)

CON. (Deteniéndolas.) Un momento.—Yo he leido en un folletín de *La Correspondencia* que en estos casos se levanta un acta.

EM. ¡Ay! yo no sé cómo se levanta eso.

PE. ¡Claro! ¡Si fuese levantar algun falso testimonio! (¡La pego! ¡La pego!)

CAR. Lo que debemos hacer es ir á casa de un buen maestro de armas y que él nos entere de todo.

PE. ¡Buena idea! (A ver si él me ayuda á poner paz.) Iremos usted y yo. (A Doña Emilia.)

EM. Bien... Como usted quiera.

CON. ¡Esto de tener que recurrir á los hombres para todo...

CAR. No seas tonta. ¿No recurren también ellos á nosotras á cada paso?

CON. Es verdad.—El mejor maestro es el mio: el maestro Estokati.

PE. Debe de serlo, porque es el que más se anuncia en *La Correspondencia*.

EM. ¿Viene usted, doña Pepa?

PE. Voy, voy...—pero... tenga usted la seguridad de que si al fin hay duelo entre nuestras ahijadas, entre usted y yo vá á haber duelo, y misa de

cuerpo presente, y conducción del cadáver, y funeral y responso...

EM. Pase usted delante. (Haciéndose la desentendida y procurando disimular el miedo.)

PE. Y misa de cabo de año...

CAR. No reñir ahora.

CON. Para todo habrá tiempo.

PE. (Trayendo al proscenio desde el foro á Carlota y á Concha, y hablándolas aparte.) No recuerdo bien si he dicho que á esta señora la pego yo!

(Vánse muy deprisa.)

(Música en la orquesta.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO.

Periquito entre ellas.

Telón corto. Despacho en casa del Maestro Estokati. Una silla volante.

ESCENA IV.

EL MAESTRO ESTOKATI. *(con peto, manoplas, careta de esgrima y florete) habla con alguien que se supone dentro.*

Bueni, bueni, mai que nulla personi entri en la sali di qui á l'hori de fare l'asalti. ¿Habeti comprenduti? Quinienti billeti despachati para vederlo, á chincue peseti per barbi, quinienti duri! Mi pare.—Pero, ¡qué bruto soy! Estoy solo y continúo hablando italiano como si tuviese gente delante á quien persuadir de que, como extranjero, no puedo ménos de ser un gran profesor. ¡Ni conmigo mismo tengo confianza! Mi genio me pierdi, como decia Verdi.

MÚSICA.

Soy el maestro Estokati
bautizado en Lavapiés,
y que por darse importancia
se ha confirmado después.
Yo me llamaba
Pedro García,
y hasta soñaba

que no comía.
Me hice italiano
de profesión...
y renombre y guita gano,
como y bebo, y fumo habano,
y me salgo en el verano...
en babuchas al balcón!
¡No hay aquí
quien valga lo que yo!
¿Que á que sí?
(A un músico ó á un espectador.)
Le digo á usted que no!
¡No hay ni habrá
quien vaya donde voy...
—¡Quiá!
¡Quiá!—
y hoy por hoy,
ninguno me la dá
y á todos se la doy.
Tra, la, la;
tra, la, la. (Bailando.)

—

Sin que yo en él tome parte
ya no hay un duelo en Madrid;
y en la parroquia de Atocha
no se hace nada sin mí.
Yo arreglo toda
clase de duelos
entre los hombres
y los polluelos.
De aquí se marchan
á Chamberí...
y de miedo nunca escasos,
se colocan á cien pasos
y se rompen... ocho vasos
y diez platos... en Lhardy.
¡No hay aquí
quien valga lo que yo!
¿Que á que sí?
Le digo á usted que no!
¡No hay ni habrá
quien vaya donde voy...
—¡Quiá!
¡Quiá!—
y hoy por hoy,
ninguno me la dá

y á todos se la doy.
Tra, la, la;
tra, la, la.

ESCENA V.

ESTOKATI *y* CURRO.

HABLADO.

CUR. ¡Señorito!
EST. ¿Qué quieris?
CUR. Aquí hay una señora.
EST. ¿Qui... qui... ti... quiere questa donna?
CUR. Hablar con usted.
EST. ¿Niente piu? ¿Nada más que hablar?
CUR. Eso dise.
EST. ¿Es guapa?
CUR. Trae un velo largo, que paese con él una araña de iglesia en Semana Santa.
EST. Que pasi la arañi.

(Váse Curro.)

ESCENA VI.

ESTOKATI, *en seguida* ELISA *por el foro.*

EST. Vedremo l'intenzione de qüesta fanchula.
EL. ¿Tengo el honor de hablar con el maestro Estokati?
EST. Tiene usted el honor. (¡Bueni! ¡Ahora hablo en castellano!) Vuol dire que avete l'honore...
EL. Pues yo, señor de Estokati, tengo un duelo, y vengo á ponerme en manos de usted.
EST. ¿En le mie mani? (Relamiéndose.) Mi pare bene. Tenga usted la bondad de alcharse la mantil-la.
EL. (¡Lo entiendo todo, todo!) ¿Para qué?
EST. Para verla á usted la cara.
EL. ¿Los maestros de armas necesitan ver las caras?
EST. ¡Naturalmente! ¿Non avete udito dire sempre cuando due persone se arregáñano: «Nos veremos las caras»?

EL. ¡Es verdad! ¡Es verdad!

EST. Pues ahí tiene usted.

EL. Nada tengo que oponer. (Yo no sabía que sabía italiano!)

EST. (¡Lo que es como guapi, es guapi!)

EL. Usted dirá.

EST. ¡Son tante le cose que se me ocúrreno!...—¿Qué arma maneja usted mejor?

EL. El florete, pero hace mucho tiempo que no tiro.

EST. ¿Cuánti duri estate disposta á sacrificare per apréndere la mia estocata segreta?

EL. No entiendo bien.

EST. (Lo mismo me pasa con todo el mundo. En cuanto hablo de dinero, me entienden peor.)

EL. ¿Decía usted?

EST. (Silabeando.) Yo me comprometo á enseñar á usted por mil reales una estocada secreta, con la cual podrá matar, herir ó desarmar á su contrario indefectiblemente y sin el menor riesgo.

EL. ¿Y dice usted que es una estocada secreta?

EST. Sí, señora.

EL. ¡Ay! ¡Dígame usted cómo es!

EST. ¡Imposible!

EL. ¿Cómo imposible?

EST. ¿No ve usted que, si se la dijese, dejaría de ser secreta?

EL. Es verdad.

EST. Dátemi chinqüe pesetí.

EL. ¿Eh?

EST. (Lo de siempre!) Deme usted un duro.

EL. Tomatí.

EST. ¿Tomati? ¡Ah! Me datí el duri. Vá bene... (y viene bene!) Prendete questi billeti... Questa séra se verifica en la mía casa un asalto de esgrima dato per tutte le mie dischípuli, le puí habile de Madridi, provinche é l'extranyeri. Voi prenderete parte en el asalti, é poi la enseñeró la estocata secreta, en la secretaria.—Entráte.—Atendétemi.—Per iquí. (Por poco digo «Periquito.»)

ELI. Buona séra. (Entrando por la derecha.)

EST. A rivederla.—E carina qüesta fanchula?—E carina... carina é baratina!

ESCENA VII.

ESTOKATI; *despues* CURRO *y más tarde* JULIA, *por el foro.*

EST. ¡Bravo! ¡Bravísimo! Chincuenta é un duri en cinqüe minutí! Sonno un huomo...—de búten, de pe y pe y doble u!

CURRO. Otra señora pregunta por usted.

EST. Que pasi.

JUL. ¿El señor Estokati?

EST. ¿Qué volete?

JUL. Hablar á solas con usted.

EST. (¡Demoní!) Parlate pronti é clari.

JUL. Tengo un duelo; hace tiempo que no tiro; necesito ejercitarme y deseo que usted...

EST. ¡Capisco!

JUL. ¿Usted es el maestro Estokati?

EST. Deme usted un duro.

JUL. Nó, preguntaba si es usted...

EST. Deme usted un duro; tome usted un billete; éntre usted ahí; tire usted ahora con mis discípulos, deme usted mil reales después... ¡y ríase usted del mundo, señora, ríase usted del mundo!

JUL. Tome usted. (Es tocatí, es tocati indudablemente!

EST. Entre usted. Entre usted. (Haciéndola entrar por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ESTOKATI, *en seguida* CURRO *por el foro.*

EST. ¡Uf! ¡qué dii! ¡qué dii!...—Digo, ¡qué día! ¡qué día!...—Mientras se visten las niñas, respiraré un poco.—¡*Curri!* ¡Currini! ¿Han tradito *La Correspondenza*?

CURRO. Tómela usté, señorito (que yo la he leido ya).

EST. Vengui (Se sienta y lee.) «Asegúrase que el Sr. Becerra...» Esto no me importa á mi...—«Se dice que D. Matías López...»—Esto sólo le importa á él.—«Brillante ha estado la inauguracion del Club del

Bello Sexo, verificada esta tarde, y á la cual hemos tenido el gusto de no asistir. Lástima es que turbase ligeramente la armonía de la fiesta una grave cuestión personal, surgida, poco después de los bríndis, entre nuestras amigas y compañeras en la prensa D.ª Elisa Mendoza Tenorio y D.ª Julia Martínez Megía. Consideraciones fáciles de comprender, nos impiden decir á nuestros lectores que hay un duelo pendiente entre ambas señoras.»

(Vuelve la hoja.)

«No hay palabra de verdad en lo que refiere un colega sobre una cuestion personal pendiente entre las Señoritas Mendoza Tenorio y Martinez Megía, cuyos nombres no nos atrévemos á revelar á nuestros lectores.

Es censurable la intemperancia en que ciertos periódicos acogen y propalan noticias que rara vez dejan de resultar exactas.»

Más sobre Melgares.—«Con toda reserva comunicamos á nuestros lectores el siguiente telegrama de la Agencia Judías...»—Debe ser errata y referirse á la Agencia Avichuelas... digo, á la Agencia Havas.

«Melgares bueno. Hízose el muerto. Está en el hotel Continental. Hoy ha visto á Mr. Grevy...» ¿Eh?.. «En el boulevard de Italianos.»—¡Ah!

«El Bizco sigue mejor de la vista. Ve mal, pero á él le ven todavía peor.

Achácase esto á que no le pueden ver en Andalucía...»

«Anoche se han tomado los dichos la señora doña Francisca Romero, viuda de Cárdenas del Campillo y el general D. Bernabé Gómez Domínguez. Se aguardan los hechos.» «Hay muchas personas que desean á los prometidos esposos una eterna luna de hiel.» «Varios húsares del regimiento destacado en Antequera han pedido su reemplazo.

«*¡A casa, que llueve!* es el título de un drama de uno de nuestros segundos autores dramáticos, que se prepara en el Teatro Español.»

«Azucarillos caros y alfombras baratas.» En la plaza de las Córtes, al lado del Congreso, darán razón.» Darán razón probablemente á quien no la tenga. Verdad es que quien no la tiene es quien la necesita.

«Desde la calle de Cedaceros á la del Príncipe se ha extraviado anoche una barba rubia y un espadón. Se suplica á quien haya encontrado dichos enseres, devuelva el espadón al dueño de la barba y la barba al dueño del espadón.»

«La guerra es un hecho. La tenemos en casa. se llama Pepa Guerra.»—¡Viva la Pepa!

«Mañana á las siete saldrán para el Vivero las señoras Mendoza y Martínez, acompañadas de las señoras Llorente, Guerra, Lamadrid y Suárez, y del eminente maestro de armas Sr. Estokati.»

ESCENA IX.

EL MAESTRO, DOÑA PEPA *y* DOÑA EMILIA, *por el foro y con mucha prisa.*

EM. ¡Con permiso de usted!

PE. ¡Con permiso de usted!

EST. ¡Ustedes se lo toman!

EM. Somos madrinas en un desafío y no estamos al tanto de lo que se hace en estos casos. Si usted es tan amable que...

EST. Sonno tan amábile.—Siéntense ustedes. (Dando la silla á doña Pepa.)

EM. ¿Y yo?

EST. Usted se sentará más tarde. No hay prisa.—Dene me ustedes dos duris é les enseñero tutte le cose que yo pueda enseñarles.

PE. Hable usted italiano, hable usted italiano. Hemos oido á la Marini y á Cereza (Pronunciando como está escrito.)

EST. Por dos duros ven ustedes el asalto y se ponen al corriente. (Y yo también.)

PE. ¡Dos duros! ¡Eso es muy caro!

EST. ¡Señora! ¡Es el último precio!

EM. ¡Vamos! ¡Ya será algo ménos!

EST. ¡Y eso por ser para ustedes!

EM. ¡Tome usted un billete de cinco duros!

EST. ¿Será bueno?

EM. Claro que sí.

EST. Veremos que tal se porta. (Metiéndoselo en el bolsillo, haciéndose el distraido y dirigiéndose á doña Pepa.)

—Pues, sí señora, la verdad es que...

EM. ¿No me dá usted la vuelta?

PE. Dele usted la vuelta.

EST. Justo, que esto no tiene vuelta de hoja, y que cuando...

EM. (Dándole en el hombro.) ¿No me dá usted la vuelta del billete?

EST. ¿La vuelta? Ahora mismo voy á darle á usted la vuelta... (Dando una vuelta sobre un pié y disponiéndose á salir por la derecha.) (Y no me vuelves á ver en tu vida.) (Váse corriendo.)

LAS DOS ¡Oiga usted! ¡Oiga usted!

EST. Laschátemi. O bisoña de partire.

PE. Diga usted, maestro... (Consiguiendo detenerle.) ¿no podría usted darme una leccioncita de florete por si el dia de mañana se me ofreciera...

EST. (Lechoni aparti... Ganansi seguri.) No hay inconveniente.—Siéntese usted ahora. (A Emilia.)

EM. Bueno. ¡Silla más aprovechada!

EST. Póngase usted en guardia (A doña Pepa, dándole un florete.)

PE. (Alarmada y empuñándolo.) ¡Qué! ¿Ocurre algo?

EST. Salude usted.

PE. Muy buenas tardes.

EST. No es eso. Salude usted con el florete.

PE. ¿Con el florete?—No sé.

EST. El saludo es así.

PE. ¡Ay, qué saludo tan raro! (Le dá.)

EST. (Si no tengo careta, me quedo sin cara.) Vamos á ver si me toca usted.

PE. Vamos á verlo. (Le toca en un hombro con el florete, dando de plano.)

EST. ¡No es eso!

PE. ¿Pues no decía usted que le tocara?

EST. Que me pinche usted aquí en este corazoncito. (El que lleva en el peto.)

PE. ¡Ay! ¡Pues no es tan facil! ¡Si usted no se deja!...

EST. Ahora pare usted. (Pepa baja el florete.) ¿Pero qué hace usted?

PE. Pues ¿no me ha dicho usted que pare?

EST. Que pare usted esta estocada. (Haciendo un molinete.)

PE. Y ¿cómo quiere usted que la pare con el movimiento que trae?

EST. Tenga usted cuidado, que voy á tenderme.

PE. Tiéndase usted! Por mí!...

EST. Que voy á tirarme á fondo.
PE. ¿Eh? ¡Ay!
EST. ¡Tocada!
PE. ¡Animal! Usted será el tocado.—Pero ¡ahora vá usted á ver lo que es bueno! (Persiguiéndole y tirándole estocadas.)
EST. ¡Eh! ¡Quieta! ¡Quieta! ¡Que yo soy el maestro!
PE. ¡Pues al maestro cuchillada!
EST. ¡Quieta por Dios!
PE. ¡Le voy á pegar un botón en las narices!
EST. ¡Por María Santísima!
PE. ¿Qué es eso, maestro? (Parándose, sorprendida y risueña.)
EST. Que es muy peligroso que tiren al florete los que no saben tirar con los que sabemos.
PE. ¿Por qué?
EST. ¡Por que pueden matarle á uno!
PE. Pues entónces lo mejor es no saber una palabra!
EST. Vaya, vamos que ya estarán las floretistas. (Entran los tres por el fondo.)

(Música en la orquesta.)

Mutación.

CUADRO TERCERO.

Damas y asalto.

Sala de armas. Bancos alrededor. Trofeos formados con caretas, floretes, espadas y pistolas.

ESCENA X.

ESTOKATI, D.ª PEPA, D.ª EMILIA, D.ª ELISA *á un lado*; D.ª JULIA *en el opuesto*; D.ª CARLOTA, D.ª CONCHITA, D.ª OLVIDO, D.ª VIRGINIA, D.ª MARÍA *y otras señoras en traje caprichoso y, (si es posible, bonito,) de tirar al florete y provistas de caretas y estoques.*

PE. ¿Ustedes por aquí? (Al ver á Carlota y á Conchita.)
CON. Es nuestra hora de lección.
EM. Nosotras no debemos autorizar...
PE. Nuestro solo objeto al venir aquí es...
EL. Yo no puedo cambiar ni una mirada con esa mujer...
JUL. No, yo tampoco quiero...
EST. Laschati preocupatzione ridícoli. (Masquiamo á due carrilli. Ensayati ahora, é poi batiti á estoqui... ó batiti in retirata.
JUL. (¡In retirata! ¡Qué sucio!)
(Cuatro señoras, entre ellas doña Elisa y doña Julia, hacen un asalto. Polka en la orquesta.)
PE. Esto es una barbaridad, maestro. Si mañana se baten así, pueden llegar á hacerse daño.
EST. ¡Ya lo creo! ¡Pues de eso se trata!
PE. Pues yo no puedo permitir...

EST. Pero señora, ¿usted cree que á los duelos vá la gente á hacerse cosquillas?
(Doña Emilia y Conchita se rien. Pepa lo advierte.)

PE. ¡No me busquen ustedes las cosquillas, porque cojo un florete y le salto un ojo al lucero del alba!

EST. ¡Silencho, silencho!

PE. ¿Eh?

EST. Sonsonichi!

PE. Es que...

EST. Andiamo á fare la muralla. Silencio... é composturi! (A doña Pepa.)

PE. (¡Ay! Esto no tiene compostura. En fin, si no hay remedio y han de batirse, que aprenda la mia y que San José bendito permita que seamos nosotras las que peguemos!

EST. ¿Estamis? (Que ha estado formándolas.) ¡Andandi!
(Ocho señoras ejecutan la "muralla".)

EST. ¡Tocati, doña Conchita!—¡Tocati, doña Elisa!—¡Tocati, Julita!—¡Tocati, Carlota!—¡Todas, todas tocadas!

Mutación.

(Música en la orquesta.)

CUADRO CUARTO.

Buenas y frescas.

Telón corto. Calle.—Sale Estokati por la derecha del actor, llevando el botiquín y las pistolas.

ESCENA XI.

EST. Vamos á buscar á mis amigas doña Emilia y doña Concha y á su ahijada. Ya es la hora del bautizo... la hora de descrismarse, quiero decir. ¿Viene aquí todo? Sí, aquí está el botiquín y las pistolas... Porque mi empeño de que se batieran á florete, resultó inútil. Doña Pepa, que es una buena mujer, me decía muy séria: «¿Sabe usted, maestro, que el florete tendrá mucho chiste, pero que yo, como suele decirse, no le veo la punta?» «Mañana se la verá usted.» le contestaba yo. Y para tranquilizarla, le ofrecí que dejaríamos los botones á los estoques. Pero ni por esas. «No señor, no señor; yo sé lo que pasa con los botones... A cada paso estoy sujetándoselos á mi marido y siempre se le están cayendo.» Doña Emilia, que es un carabinero malogrado, opinó que se batieran á pistola, y yo decidí á doña Pepa á aceptar la proposición, asegurándola que cargaría las pistolas con sal, para que el duelo tuviera más gracia. De este modo no pueden hacerse daño... ni provecho.—En fin, dos mil realitos por dirigir un desafío de mujeres. Me armo si se ponen de moda estas *partituras!* (Ademán de pegar.) Vaya, me voy, que se hace tarde y ya estarán deseando que no llegue. (Saca el reloj.) ¡Sei é mezza!... ¡Mezza madrugata! ¡Zapati! ¡Andamio! (Váse.)

Mutación.

Música en la orquesta.

CUADRO QUINTO.

¡Púm! ¡Cataplúm!

Bosque.

ESCENA XII.

DOÑA EMILIA, JULIA, CONCHITA *y* ESTOKATI, *que coloca sobre una piedra el botiquín, que debe ser voluminoso.*

EM. Somos las primeras.
EST. Sí... pero mucho me temo que seamos las últimas.
CON. ¿Tienes miedo, hijita?
JUL. No. (Temblando.)
CON. Yo también. Digo, yo tampoco.
EST. Veamos si está corriente el botiquín. Entérense ustedes, señoras. (Abriéndolo, mostrándolo y sacando de él frascos, hilas, compresas, etc.)
JUL. ¡Ay! (Yo me voy á caer!)
CON. Pero hombre... ¿no comprende usted que ella...
EST. Lo he hecho á propósito. Para que se vaya acostumbrando y deseche el miedo.

ESCENA XIII.

DICHOS, ELISA, *vestida de negro,* PEPA *y* CARLOTA.

PE. Aquí estamos todas. Perdonen ustedes la tardanza... No me he acostado... he venido desayunándome por el camino... pero así y todo...
JUL. (A Estokati.) ¿Por qué viene esa mujer tan vestida de negro?

EST. Hija, á los duelos se vá siempre de negro. Además, es hasta una galantería con el contrario: como piensa uno matarlo, se pone de luto por él.

JUL. ¡Ay! ¿Es decir que Elisa se ha puesto ya de luto por mí? ¡Ay!...

EL. ¡Ay!

PE. ¿Qué te pasa?

EL. No sé. Un vahido...

(Pepa saca un panecillo francés y le dá la mitad.)

PE. ¡Toma un poco de pan, mujer!

EL. ¡Pan! Si no es debilidad...

PE. ¿No has oido decir que los duelos con pan son ménos? Pues come y calla. (Comen las dos, Elisa llorando y doña Pepa con buen apetito.)

EM. Procedamos á cargar las armas.

PE. (¡Cómo me carga á mí esta mujer!)

CON. Los momentos son preciosos.

PE. ¡Divinos! Pero señoras...

EM. ¿Todavía insiste usted!

PE. Arreglemos esto satisfactoriamente, maestro.

EST. Señora, me parece que más satisfactoriamente de lo que lo vamos á arreglar... (Cargando las pistolas.)

PE. Yo propongo que se den un abrazo, y...

JUL. Yo estoy dispuesta. (Dando un paso hácia Elisa.)

EM. Y CON. ¡Quieta! (Deteniéndola.)

EL. ¡Yo también! (Dando dos pasos hácia Julia)

PE. ¡Anda! (Empujándola.)

CAR. ¡Chitón! (Cogiéndola de un brazo.)

PE. Ea, sigan ustedes su impulso natural.

EST. ¡Señoras!... (Si no se pegan, no me pagan.) ¡Señoras!...

EM. (A Pepa.) ¿Usted es capáz...—Si á usted le diesen una bofetada ¿qué haría?

PE. No lo sé, porque como nunca me han dado ninguna...

CON. Bien, pero si se la dieran, ¿pondría usted el carrillo...

PE. ¡No había de poner! ¡Pondría el carrillo verde á quien me la diera! ¡No faltaba más!

EST. Colóquense ustedes de espalda y midan veinte pasos. (Colocándolas él mismo. Doña Pepa vuelve la cabeza con recelo.)

PE. ¿Nada más que veinte? ¡Midamos cuarenta siquiera! (A doña Emilia, que empieza á medir pasos.) —Poco á poco: usted tiene el pié más grande que yo.

EM. Está usted equivocada!

PE. No hay más que verlo. Véase la clase. (Sacando el pié.)

EM. Yo tengo un pié de niño.

PE. ¡Lo que vas á tener tú es un pié de paliza! (Confusión. Hablan todas.)

EST. ¡Orden! ¡Silencio! ¡Midan ustedes veinte pasos! (Vuelve á colocarlas de espaldas y ellas empiezan á medir los pasos.) Dos... cuatro... ocho... diez y seis...

EM. Ya están medidos.

PE. (Parándose de pronto y volviéndose á doña Emilia.) Como los pasos de usted son dobles que los mios, resulta que nuestra ahijada está á dos pasos de la de ustedes, y la de ustedes á dos leguas de la nuestra.

CAR. ¡Es claro!

EM. ¡Eso es un disparate!

EST. ¡Já, já, já!

EM. Usted lo que quiere es evitar que se bata su ahijada.

CON. ¡Que no quiere batirse!

PE. ¡Ni la de ustedes tampoco!...—Pero no será usted tan capáz de responder por ella como yo por la mia.

EM. ¡Doña Pepa!

PE. Y si no, á verlo! ¡Venga esa pistola! ¡Tome usted esa otra!—¿Qué hacemos, maestro? (Doña Pepa se arranca algodón del forro del abrigo y con él se tapa los oidos. Se la vé decidida al lance; pero advirtiéndose en ella el natural temor, que domina valientemente.)

EST. (¡Aprovechemos la ocasión!) ¡Póngase usted aquí! ¡Usted aquí! (Colocando á Doña Pepa y á Doña Emilia.)

EM. Pero yo... Mis ideas filosóficas... (Sorprendida y apuradísima.)

EST. Las ahijadas, que pasen á ser madrinas.

JUL. ¡Con mucho gusto! (Cambiando de puesto, yendo á pasar por delante de Pepa y Emilia y pasando por detrás, asustada de las pistolas.)

EL. (¡Respiro!)

EST. Ahí. Yo aquí, como juez del campo. (En el centro de la escena y en segundo término.) Cuando suene la tercera palmada, disparen ustedes.—¡Una!

EM. ¡Ay! ¡Esto es atróz!

PE. ¡Le tengo unas ganas! (Con ira y empuñando la pistola.)

EST. ¡Dos! (Pausa.) ¡Tres! (Pausa.) ¡Tres! (Pausa.) ¿Tiran ustedes ó no tiran?

PE. ¡Tire usted primero, cobardona!
(Emilia vá á tirar y se le cae la pistola.)

EST. Ésta, ya ha tirado.
(Pepa levanta su pistola. Emilia dá un grito, vá á huir, no puede, vacila, y se tapa la cara chillando.)

PE. Yo podría matar á usted y dejar á su marido viudo, ¡hacer feliz á un hombre! Pero soy generosa y disparo al aire. (Quiere hacerlo asi y pega un tiro al Maestro. El director de escena dispondrá que el primer traspunte dispare el tiro entre bastidores. Ni á las actrices les gusta hacer disparos, ni al público oirlos desde muy cerca.)

EST. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Dando vueltas y cayendo.)

UNA. ¿Qué es eso?

OTRAS. ¿Qué es eso, maestro?

EST. Me han matado ustedes y me han matado de un modo indigno... por la espalda... (Arrastrándose con trabajo y dirigiéndose al público.) ¡Señores! Ya lo veis... La representación del drama no puede continuar. La actriz encargada del papel de Doña Pepa, ha matado real y efectivamente á mi particular amigo el distinguido actor Señor Rosell.

TODAS. ¡Le hemos matado!

EST. ¡Me han matado ustedes!

PE. ¡Yo no he sido!... Ha sido la pistola, que...

TOD. ¡Yo tampoco! ¡Yo tampoco!...

EST. Rogad por el muerto! ¡Ay! Rogad también por las matadoras...!

(Música en la orquesta. Hace Estokati—hasta donde le sea posible—una muerte en el género Vico. Las mujeres permanecen espantadas. El Maestro dá las boqueadas y el último gipido. Fuerte en la orquesta. Cae el telón. Despues de resonar los aplausos, que dará el respetable público, ó en su defecto, la apreciable claque, vuelve á alzarse el telón.)

PE. ¡Rosell!... Rosell!... (*) Que nos llama el público!

ROS. Io sonno morto.

EL. Que nos llaman, Rosell!

ROS. ¿Qué nos llaman? ¿Pillos?

(*) Aquí el nombre del actor que haga el papel de Estokati.

TOD. ¡Que aplauden!
EST. ¡Ah! (Levantándose de un brinco.)

CANTADO.

EST. Los autores del juguete
que hemos tenido el honor...
TOD. ¿Quiénes son?
¿Quiénes son?
EST. A ustedes ¿qué les importa?
Son...
TOD. ¿Quiénes son?
¿Quiénes son?
EST. De la música un Caballero
y de la letra un señor,
que agradecen al concurso
tanta atención,
tanto favor,
y permiten que mañana
se repita la función.
TODAS. De la música un Caballero, etc.

FIN DEL DESPROPÓSITO.





ENTRE PARÉNTESIS.

El extraordinario é inesperado éxito de LAS MUJERES QUE MATAN, movió á los amables empresarios del Teatro de la Princesa á dar un beneficio á los sorprendidos autores del despropósito. El autor de la música hallábase fuera de Madrid, y el de la letra sentía cierto rubor al pensar que alcanzaba por primera vez obsequiò semejante, en obra que él—aunque sea, y deba ser modestísimo,—no puede ménos de considerar inferior á lo mismo que ha hecho otras veces, con ser todo ello cosa de escaso mérito, y que ni á su autor consiguió nunca satisfacer.

No es esto despreciar en absoluto el trabajillo que queda impreso, y ménos oponerse sándiamente, y con falsa y soberbia humildad, á la opinión del ilustrado público que lo ha aplaudido durante medio centenar de noches en un teatro cuyo repertorio está en contraposición con estas humoradas y desahogos, sólo como entremés y broma tolerados allí. El autor se explica que se aplauda y celebre una cosa estrenada por la tarde, sin pretensiones y con libertades antiartísticas que èl por la

noche no se habría permitido jamás. Porque el sol le inspira mucho ménos respeto que la luna: el sol no tiene más que rayos... y la luna tiene cuernos.

En primer lugar: ¿quién iba á silbar, como no cerrara los ojos, palabras puestas en boca de mujeres tan lindas? Todo el mundo tuvo los ojos abiertos de par en par, y así pensó en incomodarse como en incomodarme yo porque no se incomodara.

La tragedia es el género teatral propio de los pueblos felices. Pueblo que, como el nuestro, la tiene en casa, y vive siempre con temor de tenerla en la calle, desea divertirse, siquiera en los sitios de diversión, como antes lo era el teatro.

LAS MUJERES QUE MATAN ha resultado, sin saber cómo—el autor, al ménos, lo ignora,—un drama no ménos disparatado que los que ahora se usan y cada día están más usados; un drama de los que ahora se aplauden mucho y se representan poco; con pasiones violentas, escenas de costumbres desacostumbradas, que no pasan en ninguna parte, y en el mismo teatro suelen *no pasar*, tiros y muertes... y todo esto con la ventaja de no poner á nadie los nervios de punta y de hacer reir, en vez de hacer llorar al sensible auditorio.

Ademas, oir *susurrar* en francés (ó *cosa así*) á la primera de nuestras actrices dramáticas, y oir á la *reteguapi* Julia Martínez vocalizar como una Pasqua (ó como una Trinidad) y á mi saladísima tocayita Carlota Lamadrid cantarse por lo flamenco como no se canta nadie en el mismísimo Flandes, ¿á quién no ha de embelesarle y suspenderle? Únase á esto la inagotable gracia de Ramón Rosell, que goza tanto trabajando como el público viéndole trabajar; póngase por contera á lo dicho la naturalidad deliciosa de Pepa Guerra y la gracia

de todas sus compañeras, y un asalto digno de una sala de armas, y el éxito de LAS MUJERES QUE MATAN, éxito del que yo soy *el menor padre*, resultará perfectamente justificado.

En fin, que el beneficio se anunció, y que, para hacer algo y no pudiendo prepararse ninguna otra obra de los autores de ésta, alguien me indicó la idea de que se leyesen aquella noche poesías mías y se ejecutara música del insigne autor de *El Loco de la guardilla*, *El primer día feliz*, *La Marsellesa* y tantas y tantas partituras de primer órden.

¿Qué autor se niega á que le lean, ni qué músico se resiste á que le toquen?

Escogí algunas poesías entre las publicadas y las inéditas ó poco conocidas, y en ménos tiempo aún que el despropósito, se escribió el siguiente *apropósito* que los actores, después de oírmelo leer—ó sea después de adivinarlo—ensayaron una vez á las cuatro de la tarde, y con habilidad asombrosa y abnegación nunca por mí bastante agradecida, representaron é hicieron aplaudir á las diez y media de la noche.

Otra vez se trabajará más despacio... y saldrá peor, porque está visto que la inspiración de quien traza estas líneas es cosa tan pasajera y fugáz, que hay que cazarla al vuelo, como los chiquillos las moscas.

La distinguida pianista D.ª Elisa del Rey, mi siempre bondadosa amiga, y el notable maestro D. Pablo Barbero, se dignaron tomar parte en la función como músicos, y hasta como actores, representando sus papeles con tal naturalidad, *caracterizándose* con tal arte, que parecían ellos mismos propiamente. Ni la Rita Luna ni Maíquez, que exprofeso resucitaran para ello, hubieran hecho mejor sus papeles.

Yo temía recibir aquella noche el regalo de una corona, que hubiera sido la primera de las mías... Aún no tengo ninguna colgada en mi despacho... Pero, se lo comunico en confianza al lector benigno, mi familia me ha ofrecido sériamente arrojarme una de laurel artificial el día que haga algo mejor que LAS MUJERES QUE MATAN, aunque guste ménos.

Ambas cosas pueden conseguirse sin gran dificultad, á mi modo de ver.

UN ASALTO

EN CASA DE LOS SEÑORES DE X***

Apropósito representado en el Teatro de la Princesa

el 17 de Febrero de 1887.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTRICES Y ACTORES.
DOÑA ELISA DEL REY......	D.ª Elisa del Rey.
» ELOISA..............	» Elisa Mendoza Tenorio.
» OBDULIA	» Julia Martínez.
» CECILIA	» Emilia Llorente.
» PEPITA..............	» Josefa Guerra.
» CAROLINA	» Carlota Lamadrid.
» LUISA...............	» Luisa Rodríguez.
» EMILIA.............	» Emilia Mavillard.
MARIQUITA...............	» María Mantilla.
JUANITA	» Olvido Muñóz.
SEÑORAS 1.ª...............	» Concepción Suárez.
» 2.ª...............	» Carolina Cruz.
» 3.ª...............	» María Cancio.
» 4.ª...............	» Mercedes Conde.
» 5.ª...............	» Victoria Morales.
» 6.ª...............	» Virginia Carriche.
DON PABLO BARBERO......	D. Pablo Barbero.
» EMILIO...............	» Emilio Mario.
» MIGUEL	» Miguel Cepillo.
» ENRIQUE..............	» Enrique S. de León.
» JOSÉ	» José Montenegro.
» RAMÓN	» Ramón Rosell.
SEÑORES 1.º...............	» Javier Mendiguchía.
» 2.º...............	» Antonio Fornoza.
» 3.º...............	» Cláudio Compte.
» 4.º...............	» Enrique Martínez.
» 5.º...............	» Francisco Urquijo.
» 6.º...............	» Mariano Ballesteros.
» 7.º...............	» Mariano La Hoz.
» 8.º...............	» Rafael Pérez.
» 9.º...............	» Ricardo Delgado.
» 10.º..............	» Severiano Nicolau.

ACTO ÚNICO

Sala grande y bien iluminada.—Piano.—Un paquete de libros en un rincón.

ESCENA PRIMERA.

D.ª ELOISA, *detrás de la puerta de la derecha*; D. EMILIO, *que sale por la izquierda, en traje de calle, con sombrero puesto y gabán de pieles.*

D. Em. Aquí están los billetes y los gemelos. (Palpándose los bolsillos.) Contra mi costumbre, no se me ha olvidado nada. (Dirigiéndose hácia la puerta del foro, parándose y dándose una palmada en la frente.) Miento, que se me olvidaba mi mujer.—¡Parece mentira que á un marido se le olviden ciertas cosas! (Yendo á la puerta de la derecha y llamando.) ¡Eloisa!... ¡Eloisita!...

Elo. (Desde dentro.) ¿Eres tú?

D. Em. Creo que sí. ¿Has acabado de vestirte?

Elo. ¿Estás tú ya?

D. Em. ¿Estás tú?

Elo. No; te preguntaba si estás tú.

D. Em. Yo sí.

Elo. ¡Pues yo nó!

D. Em. (Arrojando el sombrero sobre una silla.) ¡Ya lo sabía yo! Siempre nos ha de pasar lo mismo; y siempre hemos de llegar tarde á todas partes.

Elo. (Dentro.) Calla, hombre, calla.

D. Em. ¡Qué calma tenéis las mujeres para todo! Tardáis meses para lo que nosotros hacemos en un momento.

ELO. (Sale poniéndose los guantes y elegantemente vestida, con abrigo, sombrero, gemelos, abanico, etc.) Calla, hombre, calla, que ya estoy.

D. EM. (Poniéndose el sombrero.) ¡Ya estará la función empezada!

ELO. Mira qué programa tan bonito ha hecho Arturo Mélida para el beneficio de los autores de LAS MUJERES QUE MATAN.

D. EM. ¡Lo raro sería que fuese feo, siendo suyo!—Vamos, que son más de las nueve.

ELO. En la Princesa se empieza siempre muy tarde.

D. EM. Claro; ¡Elisa es tan perezosa!...

ELO. Mário es quien tiene la culpa, que...

D. EM. Claro; si tú no defiendes á la Mendoza, ¿quién la defenderá?

ELO. Yo abogo por mi sexo en general.

D. EM. Y en particular.—¡Ese teatrito!... ¡Le tengo yo una rábia! No vá un alma nunca.

ELO. Perdona, hijo; desde que han hecho LAS MUJERES QUE MATAN...

D. EM. Sí; en habiendo mujeres, y mujeres que maten...

ELO. Pues á mí me gusta mucho ese teatro. (D. Emilio procura llevar á su mujer hácia el foro, pero ella le arrastra hácia el proscenio.)

D. EM. Está muy léjos de aquí.

ELO. ¡Más lèjos está el Real!

D. EM. Pero la Princesa no es camino para ninguna parte.

ELO. Y el Real es camino para San Bernardino. Hay quien se abona al Real, se queda sin un real y se encuentra en los Asilos del Pardo á mitad de temporada.

D. EM. Vaya, ¿vamos?

ELO. ¡Vamos!

ESCENA II.

Todos los tertulios, que alborotan dentro y entran despues en escena bulliciosamente.

TODOS. (Cantando con música de *Un Sarao.*)
¡Buenas noches!
¡Buenas noches!

ELO. ¿Qué es eso?
D. EM. ¿Has oído?
TODOS. (Entrando en escena y cantando con mayor fuerza y animación.)

¡Buenas noches
nos dé Dios!

ELO. ¡Ay! ¡Qué susto me he llevado! Creí que era fuego.
D. EM. Yo creí que eran ladrones.
TODOS. (Con música de *El Loco de la guardilla.*)

¿Es fuego? ¿Ladrones?
—¡Es mucho peor!

D. EM. (Cantando.) Contadnos la causa...
(Hablando.) —de esta aparición.
MIG. La tertulia de los Sres. de Fernández, que se había citado esta noche en el beneficio de la Princesa, se vuelve desde el teatro á dar á ustedes un asalto, ó para hablar con más claridad, una *sautterie.*
D. EM. ¡Hombre! (Esto me va á costar dinero.)
ELO. Pues ¿qué ha pasado?
OBD. ¡Nada! (Riendo.)
D.ª EM. ¡Una friolera! (Idem.)
PE. Que se ha suspendido la función.
ELO. ¿Porqué? ¿Se ha puesto mala la Mendoza? ¡Pobre...cita!
D. EM. Lo habrá fingido.
PE. No. Quién se ha puesto malo es el público.
CAROL. Que se ha quedado en casa, como el Sr. de Cachupín.
RAM. Sí, la falta ha sido de los espectadores, porque la verdad es que han faltado.
PE. Aunque se les esperaba con verdadera impaciencia.
D. EM. ¡Aquel teatrito!....—¿No te lo decía yo? ¿A que no se han vendido más billetes que los nuestros?
RAM. No, pues el despacho se ha cerrado.
PE. ¡Claro!... Si no se despachaba nada...
JOSÉ. Y nosotros hemos dicho: pues á casa de Fernández, y que allí nos den algo.
ELO. ¡Muy buena idea!
D. EM. (¡Estaba por darles un tiro!)
ELO. ¿Y Coello? ¿Y Caballero? ¿Qué han hecho?
RAM. Han hecho bilis y se han ido á cenar.
D. EM. ¿Los dos? ¡Cenarán bien!

RAM. Sobre todo Caballero. Coello se cenará todo lo que hable.

OBD. ¡Qué lástima no haberlos podido traer con nosotros!

D. EM. ¡Han hecho bien, han hecho bien! (Con vosotros tengo ya bastante.)

ELO. Pues yo esperaba que LAS MUJERES QUE MATAN diesen otra entradita.

RAM. Pues han dado una salidita.

MIG. Sus autores han hecho cosas de más importancia.

RAM. A juicio de ellos mismos.

PE. Y que han gustado mucho ménos.

JOSÉ. ¡Cómo está el teatro!

D. EM. De mucho peligro.

PE. ¿Pues y el público? El público sólo quiere ya ir al teatro para divertirse. ¡Qué escándalo!

ELO. Calle usted por Dios, Pepita: ¡si alguien la oyera á usted!

PE. Hija ¿aquí?

D. EM. Las paredes oyen.

RAM. Ahora, con los teléfonos, no se puede ni soñar alto. No se oye lo que se dice y se oye lo que no se quiere que se oiga. Ayer mismo, yo...—es decir, un amigo mío,—llamó á una mujer casada al teléfono é, inocentemente...—es decir, sin saberlo, empezó á hablar con el marido: (Figurando estar junto al teléfono, con los puños cerrados junto á los oidos, etc.) «Te quiero mucho.»

SR. 1.º (Con acento afrancesado del que se usa entre la gente elegante.) ¿Y qué dijo él?

RAM. Le dió las gracias.

PE. Eso pasa siempre.

SR. 1.º ¡Vaya! ¿Qué hacemos? ¿qué hacemos?

D. EM. (¡Si pudiéramos hacer dinero!...)

ELO. ¡Una idea! Hagamos aquí el beneficio de ese pobre músico y de ese poeta pobre, ejecutando música del uno y letra del otro.

UNOS. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

SR. 1.º ¡Aprobado! ¡Aprobado!

D. EM. Aquí tenemos en depósito precisamente (Señalando á un rincón) las poesías de Coello que están á la venta.

OBD. ¿Sí? ¿Las ha puesto á la venta ya?

PE. Lo que ha de hacer es ponerlas á la compra.

CAROL. ¡Jesús! Y el piano está lleno de música de Caballero.

SR. 1.º ¿Qué tocamos? ¿Qué tocamos? Yo toco alguna cosa esta noche, aunque no sea de Caballero.

PE. Esta noche no se recita aquí nada que no sea de Carlitos, ni se toca nada que no sea de Caballero.

SR. 1.º Pues yo recito como un Calvo, según dice mi abuelita.

PE. Su abuelita de usted chochea.

SR. 1.º Sí, la pobre está chocha conmigo...

PE. ¡Y con cualquiera!—Vaya, ¡Pablito! ¡Pablito!

PAB. ¿Decía usted, doña Pepita?

PE. Que nos haga usted oir algo de Caballero.

PAB. Tocaré la sinfonía de *Las Nueve de la noche*.

(El reloj dá las nueve.)

PE. Nada más oportuno: ahora mismo están dando.

SR. 1.º Zarzuela en tres actos y en prosa... menos los cantables, que están en verso...

PE. Sí ¿eh?

SR. 1.º Original de los Sres. Gómez Trigo y Bermejo, música de los maestros Caballero y Casares.—Yo lo sé todo.

RAM. (Todo, menos que nadie te puede aguantar.)

(D. Pablo se sienta al piano.)

PE. Es cosa muy bonita, pero no es todo de Caballero.

PAB. Perdone usted, los cuatro autores son caballeros.

PE. Entonces, toque usted. (Ejecuta el maestro Barbero «como él solo sabe hacerlo», la preciosa pieza musical indicada.)

TODOS. (Aplaudiendo.) ¡Muy bien! ¡Muy bien!

UNOS. ¡Eso es música!

OTROS. ¡Y eso es ejecución!

PAB. Ustedes me confunden.. ..

ELO. A usted no puede confundírsele con nadie.

D. EM. ¿Quieren ustedes oir á nuestra vecina D.ª Elisa del Rey?

PE. ¿Es alguna oradora?

D. EM. ¡Oradora!...

PE. Como preguntaba usted si queríamos oirla...

PAB. Es una pianista excelente: primer premio del Conservatorio y pensionada en París por el Gobierno, después de haber hecho aquí brillantísimas oposiciones.

D. EM. En París dió un concierto con gran éxito, y Gounod, que la oyó tocar, la dejó en un precioso autógrafo la prueba de lo que le había gustado.

RAM. ¿Es guapa?

D. Em. Muy guapa y muy buena...

Ram. Pues suba usted por ella y no baje usted sin ella...—Yo me muero por los artistas de mérito que honran en el extranjero el nombre español. —Guapa ¿eh?—No baje usted sin ella.

D. Em. Bajaré con ella.

ESCENA III.

Todos menos D. EMILIO.

Pe. D. Ramón, bien podía usted, para hacer tiempo, cantar el *vito* de *El siglo que viene.*

Ram. ¿Yo?... Señora... así... de repente... No vengo preparado...—Pero... ¡calle usted!... creo que, por casualidad, traigo aquí... (Sacando un enorme rollo de papeles y cantando el vito indicado.)

Todos. ¡Qué bonito vito!

Ram. Sí, cantándolo como yo lo canto... ¡Si se lo oyeran ustedes á otros!... (Pausa.) ¡Vaya! Les estoy conociendo á ustedes en la cara que quieren que cante otra cosita.—Bueno; la cantaré: á mí no me gusta hacerme de rogar. (A Doña Emilia.) ¿Usted canta el dúo del lego y la hermana, de *El loco de la guardilla?*

D.ª Em. Lo canto muy mal.

Ram. Basta que usted lo diga.—Yo lo canto bastante bien.

D.ª Em. Con que usted lo diga, sobra. (Cantan el dúo.)

Elo. Ahora la fantasía de *El primer dia feliz.*

Sr. 1.º ¡Ay, ya sé cuál es! (A Pepita, de quien está siempre cerca.)

Pe. ¿La fantasía?

Sr. 1.º No: el dia.

Pe. ¡Qué cosas tiene este ave-fría!

ESCENA IV.

DICHOS *y* D. EMILIO, *que trae del brazo á la* SEÑORITA DEL REY.

D. EM. Presento al benévolo auditorio á la señorita doña Elisa del Rey...

TODOS. Señorita!... (Acercándose y saludándola.)

D. EM. Que, en honor del maestro Caballero, vá á ejecutar *Au soir,* una romanza sin palabras de Schuman, y una *Polonesa* en *la bemol* de Chopin.
(La señorita del Rey se sienta al piano.)

LUISA. ¿Por qué dicen los músicos españoles *Polonesa?*

D. EM. Lo ignoro. Como no sea porque en español se dice *Polaca*...
(Concierto por la señorita del Rey, á quien la concurrencia, exterior é interior, que la colma de aplausos, obliga á tocar la *Rapsodia húngara* de Listz.)

TODOS. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

D. EM. Leamos algo del otro beneficiado.

RAM. ¡Lástima que no lea él mismo!

ELO. ¿Por qué?

RAM. Porque á leer mal no gana nadie á Carlos Coello.

PE. Pero sí á declamar mal.

RAM. ¿Quién?

PE. El.—No declama: grita en taquigrafía... y hay que gritarle, no hay remedio.

ELO. (Tomando un ejemplar de las poesías: todos la imitan y el montón de libros desaparece.) Vamos, basta de bromas, que si él nos oyera...

RAM. Hoy se colocan todas sus poesías.

ELO. Escuchen ustedes un soneto por el cual tiene nuestro amigo disculpable predilección.

A MI MADRE.

Madre, querida madre...—aunque «querida»,
y áun «adorada», junto á «madre» es poco;
por tí estoy loco cuando no estoy loco,
y para darla á tí, ¿qué es una vida?

Madre de todo bien, cuando transida
el alma siento y mi flaqueza toco,
si tu recuerdo celestial evoco,
dá, en vez de sangre, bálsamo la herida.
Todo lo puro en mí tu nombre inflama;
todo lo santo en tí comprendo y fijo:
en tí fundo mi gloria y mi fortuna.
Que el hombre puede hallar más de una dama,
más de un hermano, y hasta más de un hijo...
—Madres, nó: Dios es Dios, y tiene una.

(Aplausos en la escena ahora y siempre que leen versos, por si no los hubiere en el teatro.)

RAM. Oigan ustedes otro soneto que el autor compuso á su suegra con los mismos consonantes.

LUISA. ¿A su suegra? Pues ¿es casado?

RAM. Nó, no conoce suegra... No hace más que presentirla.

TODOS. ¡A ver!... ¡A ver!...

RAM.

Á MI SUEGRA.

Suegra, homicida suegra (aunque *homicida*,
y hasta *vampiro*, junto á *suegra* es poco),
con tu genio *suegril* me vuelves loco,
y en tus *suegreces* dejaré la vida.
Madre de todo mal, cuando advertida
mi alma, los riesgos del casarse toco,
si tu recuerdo endemoniado evoco
dá, en vez de sangre, rejalgar la herida.
Todo lo impuro en mí tu nombre inflama;
todo lo aleve en tí comprendo y fijo:
en tí me dió un infierno la fortuna.
Que el hombre puede hallar más de una dama,
más de un cuñado y hasta más de un hijo...
—Suegras, nó: ¡Job fué Job, y tuvo una!

(Risas y aprobación.)

PE. ¡Esa poesía le vá á costar al autor lágrimas de sangre!

ELO. Esta otra está muy sentida.

RAM. ¿Cuál?

ELO. *Decídete.*

RAM. Sí... Acaso haya sentido haberla escrito.

ELO. (Lee.)

DECÍDETE.

¡Dices que tienes miedo de quererme
y sabes que te quiero tan de véras!...
Yo, que me encuentro inerme
y absorto ante tus gracias hechiceras,
temo, y debo temer, que no me quieras.
Quiéreme: no seas mala;
quiéreme: no seas tonta;
que al placer de *quererse* nada iguala,
y un pájaro no vuela con un ala
¡y con dos á los cielos se remonta!

D. EM. Lea usted, usted que le dá tánta expresión y tánta vida, la *Epístola á Marieta.*

ELO. (Lee.)

EPÍSTOLA Á MARIETA

I.

No temas encontrar en esta carta
ni rencor ni desdén por tu desvío;
tu altivo corazón de mí se aparta:
cariñoso y tenáz te sigue el mío.
Muerda, jamás de ingratitudes harta,
la sierpe el seno que la abriga pío:
el can, cuando respeta y cuando quiere,
besa humilde la mano que le hiere.

II.

Iris de paz en cielo nebuloso
ayer te imaginó mi fantasía,
dulcísima promesa de reposo,
ángel del entusiasmo y la alegría;
tan puro, tan sereno, tan hermoso
como tu santo nombre de María...
¡ay! aunque tan distante de mi anhelo
como esa estrella que ilumina el cielo.

III.

Muy distante en verdad; mas ¿hay quien cuente
el tiempo ni el espacio, cuando avanza
en alas de la fé; cuando se siente
dichoso poseedor de la esperanza?
No los midió mi corazón vehemente
mientras pudo soñar la bienandanza
de unir á los del tuyo sus latidos
y verlos para siempre confundidos.

IV.

Primeramente, te admiré de léjos,
como se admira al sol cuando fulgura
en el cenit, y esparce sus reflejos
bañándonos en luz brillante y pura.
Negóme la prudencia sus consejos:
subí atrevido á la celeste altura;
llegué al foco solar, y, á un tiempo mismo,
le contemplé, cegué, rodé al abismo.

V.

Y en él estoy: en el abismo horrendo
sepultado sin ánimo y con vida;

llorando su crueldad, y bendiciendo
á la que fué ocasión de mi caída.
Yo te amo y te he de amar; mas bien comprendo
cuanto mi desventura es merecida,
que obligan sus hechizos á una bella
á verse amada, pero no á amar ella.

VI.

Del huerto reina en la estación estiva
se alza arrogante la purpúrea rosa,
y esclava de la flor, su esencia liba
trémula la pintada mariposa.
La una sus puntas le presenta esquiva,
la otra besa sus pétalos ansiosa:
ni aquélla ocultar puede su perfume
ni ésta el íntimo afán que la consume.

VII.

Harto conozco yo que en mí no hay nada
que despierte un amor como el que siento:
Dios te ha formado para ser amada,
y yo nací para cumplir su intento.
De este mundo en la máquina acordada
todo sigue su propio movimiento:
ni tú has de amarme por mis ansias fieras
ni yo he de odiarte porque no me quieras.

VIII.

¡Odiarte yo!... Yo sólo sé quererte:
ni áun concibo que nadie pueda odiarte;
y contra mí comienzo á defenderte
apénas siento impulsos de acusarte.
La causa de perderme y de perderte

¿no está en mí, que no sé cómo agradarte?
Pues á tí te idolatro y te enaltezco,
y á mí propio me acuso y me aborrezco.

IX.

¡Y hay dentro de mi sér tánta ternura
que morirá cual fuente en el verano!
¡Hay tántas ilusiones de ventura
que sin tí han de trocarse en humo vano!
¡Tánta esperanza generosa y pura,
tánta fé, tanto aliento sobrehumano!...
—No lo vas á creer, y hablo de véras:
yo siento hasta por tí que no me quieras.

D. Em. Esas octavas las compuso el autor á su primera novia formal, cuando tenía diez y seis años.
Car. ¿La novia?
D. Em. Él. La novia tenía veinte.
Luisa. ¿Veinte años?
D. Em. Y veinte novios.—Vamos, Don Miguel, lea usted algo.
Mig. Aquí encuentro tres poesías á tres amigos muertos del autor.—¿Cuál leo?
Pe. Lea usted las tres, para que escojamos.
Mig. (Lee.)

EN LA MUERTE

DEL INSIGNE Y APENAS CONOCIDO POETA

DON JOSÉ ANTONIO PAZ

Con ingenio y sin nombre, oscurecido
y de la luz del arte el alma llena,
cayó, tras lucha estéril, en la arena,
como el robusto gladiador vencido.
Vivió y pasó del mundo inadvertido
con tánto númen y con tánta pena!

¡Ni un verso suyo resonó en la escena,
ni una palmada acarició su oído!
Fué el de la muerte su primer desmayo:
sólo una vez se abate una alma altiva.
La fresca rosa que envanece á Mayo,
tronchada y mústia, se sostiene viva;
mas ¡ay! al roble herido por el rayo
su propia fortaleza lo derriba.

ANTE EL CADAVER DEL INGENIOSO NOVELISTA

D. ANDRÉS RUIGÓMEZ

Joven, feliz todavía,
huyes la lucha en que hacía
tan buen papel tu entereza...
Te llevas nuestra alegría,
pero no nuestra tristeza.

AL RECIBIR, LEJOS DE ESPAÑA,

LA NOTICIA DEL FALLECIMIENTO DEL INSPIRADO POETA

DON JOSÉ CAMPO-ARANA

Al fin venció la muerte en la porfía.
Tu grande y desbordada fantasía
anegó tu razón, que fué su esclava,
y el vidrio hizo estallar que la encerraba
la llama que en tu sér resplandecia.
En paz reposa, destrozado atleta.
No habrá en tu humilde tumba una violeta
que simbolice allí mi afecto tierno;
mas el alma no muere, y será eterno
mi cariño al amigo y al poeta.

D. Em. Vamos, acabe usted de hojear, y lea usted algo, Cecilia.

Cec. Estaba buscando algo corto. Oigan ustedes estas poesías.

SEVERIDAD DE PRINCIPIOS.

Una hermosa camelia, colocada
en apacible estufa, la mirada
tendiendo al campo del jardín vecino,
vió una rosa en el borde del camino,
de un barrizal sobre la orilla alzada.
Y al contemplar las hojas de la rosa
salpicadas del agua venenosa,
sin que piedad el alma le reclame,
dijo al par indignada y ruborosa:
—«Se ha manchado... ¡Qué infame!...»

RENCOR ETERNO.

¿Que le perdone? ¡Nó! ¡Lo que la herida
el rencor durará que arde en mi pecho!
¡Acción tan alevosa no se olvida!
—¿Preguntáis qué me ha hecho?—¿Qué me ha hecho!...
—El miserable... ¡me salvó la vida!

RECTIFICACIONES.

Afirmas con mucho brío
que tienes un corazón
de oro, y te sobra razón.
¡Como que tienes el mío!
Y al ver que siempre concluyo
por elogiar mi regalo,

dices que el mío no es malo...
Te equivocas, que es el tuyo.

EN. Aqui encuentro un soneto que no me desagrada.

AL MAR.

Apacible, tranquilo, nada augura
fiereza y dolo en tí; todo convida,
como los brazos de mujer querida,
á gozar de tu plácida hermosura.
La playa léjos, la traición segura
te alzas hasta abatir la nave erguida,
la besas, fiero Judas, en la herida,
y niegas á los muertos sepultura.
Tus ondas fingen el celeste manto,
y secan las campiñas más hermosas,
y de la sed hostigan el quebranto.
Amargas son tus ondas procelosas.....
—¿No lo han de ser, si tu alimento es llanto
de náufragos, de madres y de esposas?

D. EM. Vaya, Obdulita, lea usted para quitarnos el amargor del agua salada, la poesía *El primer beso*, que en boca de usted estará diciendo «comedme».
ELO. ¡Marido!...
D. EM. ¡Vaya! ¡Ya salió la prévia censura!

EL PRIMER BESO.

OBD. Iba disminuyendo por instantes
la moribunda claridad del día,
y ocultos en la sombra los amantes
la pasión y el misterio los unía.
De sus palabras entre el dulce arrullo,
el Amor al Deber dirigió un ruego;

quiso el Deber alzarse con orgullo...
y sintió compasión de un niño ciego.
Y al mirarse, encendiéronse los ojos;
y al chocar, abrasáronse las palmas;
y el pudor al placer prestó sonrojos...
y de un beso el calor fundió dos almas.

(A D. Emilio.) Y usted que embarca á todo el mundo, ¿no lee nada, señor capitán Araña?

D. Em. Voy á leer estos versos dedicados á una encantadora mujer, tan buena como hermosa, arrebatada á la vida en la flor de la juventud y en el apogeo de la felicidad, y que no olvidaremos nunca los que tuvimos la dicha de ser sus amigos. (1)

AL PIÉ DE ÉLIA.

Con entusiasmo, con fé,
con júbilo singular
y áun con orgullo, quedé
comprometido á cantar
las perfecciones de un pié.

—

Mas apenas fué preciso
empezar, mudé de aviso,
contemplé mi error patente,

---

(1) La señora D.ª Elia Reig, esposa idolatrada de nuestro queridisimo amigo el ilustrado escritor D. Luis Alfonso. Próxima su boda, le regalamos los amigos de su marido un álbum: en cada una de sus hojas cantó uno de nosotros una de las perfecciones que adornaban á aquella privilegiada mujer, que sólo se detuvo en la tierra el tiempo necesario para poder eternizarse en el cielo.

y ví que, efectivamente,
estaba en un compromiso.

—

¿Qué decir sobre *ese punto*?
Grave, torvo y cejijunto,
agarro y suelto la pluma.
—No puedo escribir.—Me abruma
la pequeñez del asunto.

—

No es que lo desdeñe, nó,
que capáz no fuera yo
de tan brusca contumelia;
pero eso no es un pié, Elia,
ni Cristo que lo fundó.

—

Aunque de los más pacatos,
ávido ya de los datos
que tal comisión exige,
—«Enséñeme usted—le dije—
por lo ménos, los zapatos.»

—

Y usted, no bien lo hubo oido,
me hizo la inmensa merced,
que nunca daré al olvido,
de alzarse un poco el vestido
y decirme:—«Mire usted.»

—

Yo, con la razón turbada
por la dicha inesperada,
acerquéme, obedecí
y miré, pero... no ví
absolutamente nada.

—

Y áun hoy, falto de sosiego,
á explicarme bien no llego
(pues todo fuera posible)
si es que ese pié es invisible
ó que yo me quedé ciego.

D. Em. ¿Vamos, Carolinita?
Car. (Lee.)

A UN LUNAR.

SONETO.

Preso por la pulsera venturosa
que te le ciñe en envidiable lazo,
ví el más gentil y primoroso brazo
que el divino cincel labró á una hermosa.
Destaca aquella nieve ruborosa
un lunar, adormido en su regazo,
como bambú que crece en un ribazo
entre las matas de azucena y rosa.
¡Feliz lunar! La sangre de tus venas
le dió sér y color, y allí fulgura
deteniendo su curso movedizo.
Y él siente los contentos y las penas
de la privilegiada crïatura
en quien hasta un lunar es un hechizo.

D. Em. ¡Vamos, D. José, vamos!
Jos. Aquí encuentro unos versos muy sentidos... Pero no sé si leérselos á ustedes.
Luisa. ¿Por qué?
Jos. Porque... ¡tienen un tinte tan marcadamente religioso!...
D. Em. Léalos usted, D. José. Aunque, en honor de la verdad, Dios no está ahora de moda, todos somos buenos cristianos ó, al ménos, personas bien educadas, y aquí no hay ningún cursi, que yo sepa.

JOS. (Lee.)

MUERTE Y VIDA.

I.

Rayaba apénas en los treinta años,
y precoces arrugas
surcaban sus megillas, y su frente
de cabellos desnuda.
Asomábase el alma á sus pupilas
con luz viva y profusa,
cual si quisiera por allí escaparse
de esta mansión impura.
Le halló grave el doctor; dijo:—«Se muere:
que llamen pronto al cura,
si es que ha de confesarse.» Y un amigo
dijo al doliente:—«Escucha...
El mal que tienes hoy, no es de cuidado...
Te encuentras... como nunca...
pero ¿quién, encontrándose tan bueno.
no confiesa y comulga?»
Una sonrisa plácida y serena
animó la faz mustia
del pobre enfermo, y—«Venga el sacerdote,»
dijo con voz oscura.

II.

Vibró de la estridente campanilla
el fúnebre quejido,
y salieron con luz á las ventanas
vecinas y vecinos.
Paró un carruaje; descendió un anciano;
hombres, mujeres, niños,
ante el fulgor de la llorosa cera

postráronse sumisos.
Entró el Señor en la afligida casa:
lanzó el enfermo un grito
de singular placer, y su alma ansiosa
se aprestó á recibirlo.
Confesó, comulgó, llena la estancia
y los largos pasillos
de multitud de propios y de extraños
que alumbraba al Santísimo.
Y yo en la puerta de la triste estancia
del entrañable amigo,
encontrando sereno un solo rostro
y muchos intranquilos,
no pude contener una sonrisa
envuelta en un suspiro,
al mirar á mi lado tántos muertos
compadeciendo á un vivo.

LUISA. ¿Qué vá usted á leer, Mariquita?
MAR. Una fábula.

EL RUISEÑOR Y EL GANSO.

Una noche serena,
entonaba su dulce cantilena
un ruiseñor oculto entre el ramaje
de una selva de pájaros poblada,
admiradores de su voz amena;
y un ganso, que tenía su morada
cerca de aquel paraje,
así á los suyos con desdén decía:
—«No he podido explicarme todavía,
por qué se estima en tánto
del ruiseñor el canto.
Sostienen que su voz es armoniosa...
Supongamos que vale alguna cosa

—aunque á mí, la verdad, no me complace—
pero él ¿se dá razón de lo que hace?
¡Qué se ha de dar! ¡Si dicen, y lo creo,
que no sabe palabra de solfeo!
  Nada oyó de la crítica indigesta
el ruiseñor, en torno revolando
del dulce sér que inspiración le presta;
pero dió, sin oir, digna respuesta
al crítico animal: siguió cantando.

PE. Yo, para dejar que D. Ramón termine pronto la fiesta leyendo unos cuantos epigramas, no voy á leer á ustedes más que tres ó cuatro cantares.

SR. 1.º ¡Ay! ¿por qué no los canta usted?

PE. Porque yo no canto más que en la mano.

SR 1.º Aquí está la mano.

PE. Y en la mano que quiero cantar.

(Leyendo.) Dos cosas principalmente
tienen el mundo revuelto:
hablar sin necesidad
y callar fuera de tiempo.

—

El hijito de mi madre
tiene una fortuna loca:
para el bien soy una criba;
para el mal soy una esponja.

—

Eres tan chiquirritito
á pesar de tu fachada,
que si el alma entrase en quintas
no llegabas á la talla.

—

Dice el refrán, y tiene
razón de sobra,
que el que paga descansa...
—Pues ¿y el que cobra?

RAM. EPIGRAMAS.

Quiso probar Don Vicente
si se vive sin comer:
empezó trasanteayer...
y ya vive eternamente.

—

Y ¿porque no me he suscrito
á tu periódico *El Pito*,
das, Senén, un varapalo
á mi último drama, malo
como todos los que he escrito?
Yo no miro con desdén
tus críticas, ni es razón;
mas las prefiero, Senén,
á pagar la suscrición
y á que tú me trates bien.

—

He sabido, amigo Juan,
con sorpresa y desagrado,
que al fin... ¡al fin!—has logrado
aprender el alemán.
Triste fruto me prometo
de tus ímprobos afanes...
—Hijo, ya ni entre alemanes
podrás pasar por discreto.

—

—Imprimió Don Nicanor
al fin su novela nueva.
—¿Y qué prueba en ella?
—Prueba...
la paciencia del lector.

—

Al teatro en un lugar
fuí una vez con Nicanor,
y dije:—«¡Vaya un tenor!
¡Qué gallos nos vá á ¡soltar!»
Mi amigo, al ver su aire hambruno,
replicó de esta manera:
—«¿Soltar eh? ¡Lo que quisiera
el pobre es coger alguno!»

—

Era un ateo Quirós
de singular proceder:
Quirós no creía en Dios...
¡y creía en su mujer!

—

Ví ayer á Don Juan Viniegra
vestido de ropa negra
y muy cariacontecido,
y le dije:—«Ya he sabido
que perdió usted á su suegra.»
Dió un suspiro prolongado,
apareció el sonrosado
sobre su color de cobre,
y exclamó:—«¡La perdí!—¡Pobre
del que se la haya encontrado!»

Conque señor Don Emilio ¿tomamos algo? (Cerrando el libro de golpe y con naturalidad.)

D. Em. (¿Por qué no tomarán la puerta?)—Pasemos al comedor, que ya estará servido el té. (Dirigiéndose al público.) ¿Ustedes gustan?—¿Nó?—¡Cómo ha de ser! Peor sería que no hubiéramos gustado nosotros.—Un millón de gracias en nombre de los autores del despropósito, en nombre de LAS MUJERES QUE MATAN... y en nombre de los que estamos siempre dispuestos á dejarnos matar.

FIN.

NOTA.

Aunque después de lo manifestado en el prólogo que va al frente de estas páginas, parece ocioso decir nada, el autor de LAS MUJERES QUE MATAN necesita declarar al lector que inserta las siguientes coplas contra toda su voluntad y porque así se lo piden....—y porque es frágil por naturaleza y no sabe decir que no, y celebra haber nacido hombre, no sólo porque así puede y debe admirar dignamente al bello sexo, sino porque, á haber nacido hembra, sería, ya hace años, deshonra de la honrada familia de que cree ser uno de los mejores ornamentos.

En las coplas que ha cantado el Sr. Rosell, y que se han escrito más de una vez en el cuarto del simpático y distinguido artista, y hasta entre bastidores, no hay ofensa para nadie, como el autor cree que no la hay tampoco en los sueltos de *La Correspondencia* que lee el *Maestro Estokati.* ¿Qué ofensa ha de haber en decir la verdad y consignar la graciosa volubilidad de este *mariposón* político, la respetable indiferencia de aquél, la noble seriedad del otro ó la augusta pureza de costumbres del de más allá? La prueba es que las coplas se han cantado muchas noches y, á pesar de haberse aplaudido, los interesados no han dicho «Esta boca es mía.»

Ahí van las coplas. Los directores de los teatros de provincias verán (en la discreción que se les supone) cuáles deben cantarse y cuáles deben omitirse.

Pero el autor les ruega que, si el actor encargado del papel de Estokati no canta las políticas que aquí se imprimen, se limite á cantar las que podríamos llamar *sociales*, y no moleste á los poetas indígenas, ni ménos se moleste él en sacar nada de su cabeza. Esto tiene muchos riesgos para los actores y para las obras; y el mejor de los dados es no jugarlos.

I.

Yo doy lección de florete
á la *créma* de Madrid;
de sable nó, porque hay muchos
que pueden dármela á mí.
Ayer me dijo
Pepe Delgado:
«Hace tres dias
que no he almorzado.»
Le llevé á Fornos; le hice sentar;
«Come, chico» y dijo—«Tomo
ostras, huevos, pavo y lomo!
—Pero conste que no como...
que lo que hago es almorzar.»
No hay aquí
quien valga lo que yo.
—¿Que á que sí?
¡Le digo á usted que nó!
El á mí
me quiso acuchillar!...
¡Quiá! ¡Quiá!
Pues, segun
me han dicho, sigue aun
la cuenta sin pagar.

II.

Hubo ayer unas palabras
y hoy vá à haber un no sé qué,
porque dijo un canovista
á un romerista *enragé.*
«El que era pollo
cayó del nido,
y es ya una especie
de angel caído.
Era Romero,
romero y sal;
pero tuvo un disgustillo,
y al presente el pobrecillo
no es romero, que es tomillo
que perfuma al general.»
—«¡No hay áqui
un hombre más igual!»

¡Qué ha de haber!...
—¿Se quiere usted callar?
El á mí
me quiso uniformar...
¡Quiá! ¡Quiá!
Crea usted
que si soy húsar yo
soy húsar sin usar.

III.

Se dice que Don Mateo,
el que se rasca de acá, (En la barba.)
no está bien consigo mismo,
y sagastino no es ya.
El es en todo
como Quevedo:
no sube, baja,
ni se está quedo.
Abre los ojos
de buena fé;
más no hay medio de que vea,
y aunque el mozo listo sea,
al echar á andar, cojea...
—ya se sabe de qué pié.
¡Ese es un
político feróz!
¡Ni Bismark!
¡Ni el mismo Gorchacoff!
No hay aquí
quien tenga su tupé.
¡Je! ¡Je!
Crea usted
que puede más que yo...
si sigue en el poder.

IV.

—«Esto se pone muy malo;
yo no vivo más aquí!»
dijo ayer una señora
que es muy amiga de Pí.
Tiene un canario,
cuatro pardillos,

ocho calandrias
y ochenta grillos.
Todo acompaña
al que habla allí.
Es Pi un hombre de gran maña;
Pí hundirá lo que nos daña;
Pí es el salvador de España...
Pí, pí, pí, pí, pí, pí, pí.
¡No hay aquí
sorbete más guasón!
¿Que á qué sí?
¡Le digo á usted que nó!
No hay ni habrá
quien pie como él.
¡Quiá! ¡Quiá!
No hay ni habrá
un hombre tan pí... pí...
pí... pí... piramidal.

V.

Ha pronunciado un discurso
en el Congreso alemán,
el gran amigo de España,
por otro nombre Bismark.
Dijo en su idioma
cosas muy buenas,
que aquí se entienden
á duras penas.
«*Ésen paísen es rifirróf*
Génien malen of tollinen,
rifirráfen carabinen,
górdon míkon Carolinen...
Cancilleren Camelóff.»
No hay allí
quien valga lo que él;
pero aquí
hay guapos á granel.
Él á mí
llevarme quiso allá...
¡Quiá! ¡Quiá!
Yo no voy,
que nadie me la dá
y hasta á ese se la doy.

VI.

A un joven posibilista
de la escuela de Platón,
dijo un imposibilista
agrupado á Salmerón:
—«¿Que es Don Emilio
hombre sincero?
Usted perdone;
será *con-cero.*
Se afeita solo,
toma un papel,
y al espejo, y muy erguido
pasa lista á su partido,
que ha quedado reducido
á Don Práxedes y á él.»
—¡Ese es un
demócrata hasta allí!
¿Que á que nó?
¡Le digo á usted que sí!
Es su afán
que el mundo adore en él,
y hoy ya
crea usté
que á nadie se la dá
ni hay quien no se la dé.

VII.

A un entusiasta sectario
de un filósofo tristón,
dijo ayer un partidario
del moderno Cicerón:
—«Ya estoy cansado
desde hace días
de tan absurdas
filosofías.
Tu jefe es sabio,
no hay dos como él;
pero, aunque hoy le admire Europa,
es krausista hasta la ropa,
no se entiende con la tropa
y la deja en el cuartel.
¡Ese es un

dibujo hecho al carbón!
¡Es un sér
que exige traducción!
Al país
arenga en alemán.
¡Jé, jé!
Crea usté
que está entendido ya...
que no se entiende él.

VIII.

El general es un hombre
bastante particular;
pero, si aquí hay hombres listos,
es listo como el que más.
¿Quién duda eso?
Listo sin tasa...
De puro listo
casi se pasa.
—Según algunos
ya se pasó.
Cuando el tío le vivía,
le contaba lo que hacía,
y hoy se lo cuenta á su tía...
mas lo que es á España no!
Es un sér
de mucha reflexión;
militar
que sabe más que yo.
Una vez
que fué á una formación,
vió...
vió...
cuatro mil
soldados con fusil
y con tambor mayor.

IX.

Mi vecino Don Gregorio,
del *Progreso* suscritor,
me dijo ayer que Zorrilla
es y será un soñador.

—Por Dios, Gregorio,
¿qué estás diciendo?
—Un idealista,
pero tremendo!
—Zorrilla lucha
contra la ley!
¡Su ideal es el jolgorio!
Y repuso Don Gregorio:
«Yo hablo del que hizo el Tenorio
y el Zapatero y el Rey.»
¡*Calembourg*
más lindo no se vé!
¡Confundir
á Pepe con Manuel!
A un autor
que gloria á España da,
con... con
un varón
que escribe «pantalón»
con *équis* y con *ká*.

X.

Es la política un teatro
con poltronas y cartel,
en el cual hay mil actores
que fingen más que Rosell.
Uno ajustado
de galán chico
con Don Antonio...
(¡Cá!... no era Vico)
quiso el primero
ser siempre ya;
oyó frases seductoras
de sirenas tentadoras,
y ya dá función por horas..
pero el público no vá.
¡Qué dolor
que un mozo como él
á quien vi
poco ha de coronel;
guapetón,
simpático y marcial,
sea hoy

nada más
que un asistente fiel
que sirve á un general.

Los anteriores *couplets*, como ahora decimos en España, son todos ellos delito del autor. Un querido amigo suyo, hijo de un actor insigne, honra de la escena española, que está con razón asustado con que su primogénito le haya salido poeta, le ha regalado esta linda copla.

Tengo teléfono en casa
y lo voy á suprimir,
porque el timbre no me deja
ni sosegar ni dormir.
La otra mañana
quise á deshora
comunicarme
con mi señora.
Llamé enseguida
á la central:
la central no contestaba,
pero el timbre resonaba,
y ¿sabèis con quién hablaba?
¡Con Felipe Ducazcal!
Él á mí
me quiso contratar;
pero aquí
me gano un dineral.
En Madrid
se mueren por Rosell
¡Ya! ¡Ya!
Crea usted
que aquí no hay un actor
que valga lo que él.

Y, por último, las dos coplas siguientes han sido remitidas anónimas y se insertan con algunas variantes, agradeciendo al discreto colaborador su amable galantería.

Con Las Mujeres que matan
Dios nos ha venido á ver,
porque hasta el cielo ha llegado
el notición del *succès*.
Hay quien adquiere,
tras mil apuros,

una butaca
por treinta duros;
pero la boca
se le hace miel
ante tanta guapa moza,
verbi gratia, la Mendoza,
la Martinez, la Madroza...
—(digo la Lamadrid)—
y la Guerra y la Rosell.
Y si así
seguimos ¡voto á tal!
lo que es yo
me gano un dineral,
y en el Banco
ya no habrá un rincón
¡Quiá! ¡Quiá!
Ni un rincón
donde pueda Rosell
meter un napoleón.

—

Por los cafés y casinos
ya no hay más conversación
que Las Mujeres que matan
y mi continua ovación.
Está el despacho
lleno de gente
por tarde y noche,
constantemente,
y hay cada entrada
que es cosa atroz.
Y de frac y muy peinados
y al asalto aficionados,
los más fieles abonados
son los socios del Veloz.
Y se rien...
(mire usted aquél)
de la gracia
que tiene Rosell,
y uno dice
(le oigo desde aquí)
«Sí, sí,
es verdad:
¡no ha habido un andalúz
como ese catalán!»

Si el público pide la repetición del *couplet* francés, del ària italiana y de la canción andaluza que ejecutan en la segunda escena D.ª Elisa, D.ª Julia y D.ª Carlota, pueden respectivamente decir estas letras.

ELISA. La p'tite Elise et celles qu'avec moi
voudraient, publique aimable, vous complaire,
demandent humblement et par ma voix
pardon de son audace temeraire.
Ta, pa, tá; ta, pa, tá;
ta, pa, tá; ta, pa, tá;
C'est pour sa chemise
ta, pa, tá; ta, pa, tá;
ta, pa, tá; ta, pa, tá;
qu'elle chante la p'tite Elise.
TODAS. ¡Quelle voix!... ¡Quelle voix!
C'est pour sa chemise
ta, pa, tá; ta, pa, tá;
ta, pa, tá; ta, pa, tá;
qu'elle chante la p'tite Elise.

JULIA. Poi veinte notte horribile
de no pegare l'occhi,
ieri en il catre estúpido...
PE. ¡Nada! ¡La tomó con el letto, digo, con el catre!
JUL. Dormire al fin logré.
TODAS. ¡Al fin!
PE. ¡Ya era tiempo!
JUL. ¡Ay mé!
PE. ¿Hay té? (Ofreciéndola una taza de té, que toma del aparador.)
JUL. ¡Sogno d' amor beatífico!
¡Julia tornóse in Patti!...
é per cantar la dábano
una barbá...
una barbá...
PE. ¿Una barba? ¿Y para qué quería usted eso?
JUL. ¡Una barbaritá!
TODAS ¡Ah!
¡Ya!
¡Ay que barbaritá!

CAR. En él puse el pensamiento
y todito lo perdí;
que quiere matar á España.....
y me está matando á mí.

Porque es el gallo
más sandunguero,
y el que más canta
del gallinero.
Es su semblante
como una torta,
bigote largo,
perilla corta.
Son sus palabras
como un arrope,
y sus partidas
como un jarope.
Todas las tardes
se va al Congreso
con aire y paso
de hombre de peso.
Por él vivimos
en la tribuna,
y aunque habla á todas
no vé á ninguna.
No va de juerga
con los amigos,
ni una vez sola
viene conmigo.
Y como él nunca
se hace de miel,
yo he decidido
romper con él.

TODAS.—Cuando los hombres
son como él,
hay que colgarlos
con un cordel.
¡Guerra á los hombres!
¡No haya cuartel!
Si aquí entra ese...
¡huyamos de él!

———



Hállase de venta al precio de **cuat**
pesetas en las principales librerías.